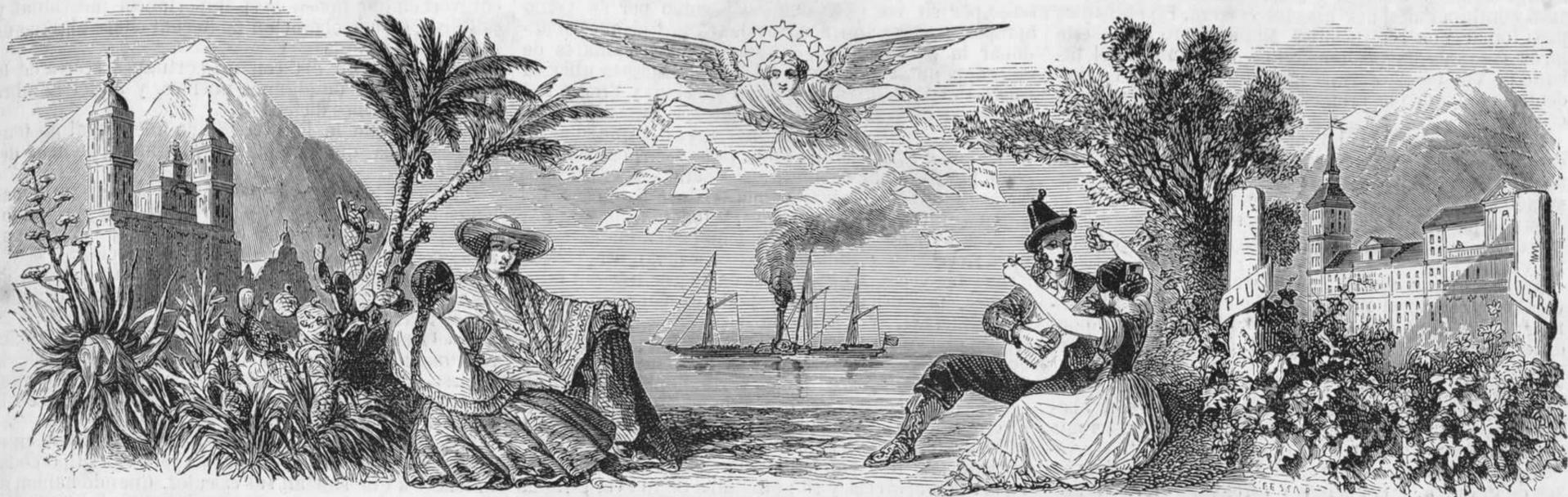


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Año 12. — N° 3.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO.

Una excursion estudiantina; grabado. — Historia de la semana. — Fábulas. — San Petersburgo; grabados. — Apólogo. — Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro; grabados. — Plaza de Oriente. — Revista de la moda. — Trebisonda; grabados. — Los talismanes. — El hipopótamo del Jardín de Plantas; grabado.

### Una excursion estudiantina.

Corria casi la mitad de su camino el año de mil ochocientos treinta y tres, cuando varios estudiantes alborozados con la llegada de las vacaciones, celebrábamos en un café uno de esos conciliábulos que son muy frecuentes en Salamanca entre los individuos de la mencionada clase y en la susodicha estacion. Este club no tenia ningun objeto político, aunque su fin era altamente humanitario. Tratábase de saber el partido que

tomariamos al dia siguiente de recibir esa licencia temporal que esperan con impaciencia los estudiantes ricos, y que tambien seria grata á los pobres si los impulsos del corazon pudieran dominar en ellos á la terrible idea de aumentar el presupuesto de gastos en casa de sus padres.

Eramos seis individuos, y todos nos hallábamos en el doloroso caso de renunciar á visitar nuestros lares, por cuya razon estabamos reunidos para deliberar acerca de nuestra posicion y buscar un medio ingenioso de vencerla. Solo esperabamos para entablar la discusion á nuestro amigo Matias... que por ser el mas adelantado en ciencia y en edad de todos los miembros citados debia naturalmente presidir aquella asamblea; pero el buen Matias tardaba demasiado, y ya estabamos á punto de diferir la sesion para otro dia, cuando uno de mis camaradas dijo con una de esas exclamaciones que revelan á medias la alegría:

— « Ahí va D. Bruno. »

Era este D. Bruno un hombre algo misterioso que casi nadie conocia en Salamanca, donde se habia acercado poco tiempo hacia y á quien sin embargo conociamos nosotros, porque era el amo de nuestro amigo Matias. Sabiamos que vivia solo, que no tenia parientes,

que debia estar bien acomodado, puesto que vivia con cierta esplendidez, y que su natural afabilidad contrastaba extraordinariamente con su melancolia, pues nadie habia sorprendido una sonrisa en sus labios. Otros hombres mas sesudos que nosotros hubieran dejado pasar silenciosamente á aquel hombre que iba sumido en una profunda meditacion, devorado al parecer por un secreto pesar; pero nosotros no eramos todavia capaces de remontarnos á ciertas consideraciones, y así dimos á un mismo tiempo un grito con tanta precision de compás y de armonía como si un director de orquesta nos hubiera dado el tiempo y el tono. Este grito que nada tenia de subersivo, aunque no dejaba de ser alarmante, fué el siguiente.

— ¡ Señor D. Bruno !!!

He dicho que otros hombres mas sesudos que nosotros se habrian abstenido de dar semejante grito, y debo decir tambien que cualquiera otra persona que no fuese aquella á quien se dirigia lo hubiera despreciado, pero D. Bruno hizo un cuarto de conversion y entró en el café, diciéndonos estas palabras con que los viejos lisonjean el amor propio de los jóvenes:

— ¿ Qué me quereis, hijos míos ?

Entónces fué cuando conocimos nuestro desacato, y



Vista de la ciudad de Lisboa.

así debía darlo á entender el carmin que empezó á colorar nuestras mejillas. Yo fui el ménos tímido de todos, y me apresuré á justificar nuestra desatención dirigiendo de este modo la palabra al interpellante:

—Dispense Vd., señor D. Bruno. Aquí estamos reunidos unos pobres diablos, que no sabemos como pasar el tiempo de las vacaciones, y donde hallaremos recursos para continuar despues nuestra carrera. Esperábamos para tomar una resolucio n á Matias, pero como este tarda en venir, hemos creído que un hombre del talento de Vd. puede darnos un consejo no ménos prudente que el que nos prometamos de la capacidad de su criado.

Pidió entónces D. Bruno café con tostadas para todos, excepto para él, que no queria faltar á su regla, ó no tenia ganas; tomó asiento entre nosotros, y con su grave afabilidad contestó en estos términos:

—Lo que ustedes desean es muy sencillo: vengan ustedes á mi casa donde participarán de mi pobre fortuna y...

No le dejamos acabar: una formal negativa que no dejaba de revelar al mismo tiempo la gratitud, hizo conocer á D. Bruno que nunca abusaríamos de sus bondades, y entónces sin renunciar á su papel de Mentor, repuso:

—Pues bien; yo debo decir que tambien he sido pobre y estudiante como ustedes. Hice mi carrera de abogado en Alcalá, donde me asocié con otros varios muchachos tan pobres como yo, y cuando llegaban las vacaciones nos íbamos á recorrer las provincias, provistos de guitarra, y pandereta y otros instrumentos propios de la estudiantina, siendo tan felices en nuestras excursiones, que despues de vivir cómodamente durante nuestra alegre peregrinacion, volvíamos con dinero para pasar el año. Vean ustedes si son capaces de seguir nuestro ejemplo, y no tengan la menor duda acerca del resultado.

Las palabras de D. Bruno produjeron en nosotros el efecto del primer rayo de luz en el hombre á quien han hecho la operacion de la catarata. Todos rascábamos un poco la guitarra; uno habia que tocaba la flauta primorosamente, otro manejaba el violin lo bastante para amenizar la jota y el fandango con aquellas variaciones tan expresivas de la música andaluza y aragonesa; el único individuo de la compañía, cuya opinion ignorábamos por hallarse ausente, era Matias, el hombre mas necesario para nuestra empresa, porque tocaba la pandereta como Paganini el violin, y cantaba además con una sal extraordinaria. Convenimos, pues, en seguir el consejo de D. Bruno á quien suplicamos nos indicase como práctico el rumbo que debíamos seguir.

—Eso es indiferente, respondió nuestro grave consejero, cuando los hombres se hallan en la necesidad de adoptar una resolucio n como la que yo he propuesto, deben entregarse de lleno á la buena ventura. Nosotros al salir de Alcalá solíamos echar un puñado de arena al aire, y siempre seguíamos la direccio n que nos indicaba al caer.

—¡Magnífico! dije yo, nosotros echarémos tambien la arena al aire y ella nos indicará el camino que debemos seguir; pero para no desobedecer al destino, creo que debemos seguir directamente el rumbo que la arena nos indique al bajar, hasta donde el mar detenga nuestros pasos.

La proposicio n fué aprobada por unanimidad. Solo nos faltaba el asentimiento de Matias para proceder á los preparativos del viaje.

—Yo creo que Matias no tendrá ningun inconveniente, dijo uno de los estudiantes.

—Lo mismo digo, repuso D. Bruno.

—Pues yo digo que Matias no puede salir de Salamanca, dijo un jóven que sin ser visto se habia acercado al corro.

Esta inesperada negativa nos llenó de sorpresa y de desaliento, porque el sugeto que habia pronunciado aquellas terribles palabras era el mismo Matias.

—¿Porqué no, preguntó D. Bruno, bajando los ojos como dominado por el hombre á quien tenia derecho de mandar.

—Ya sabe Vd., dijo Matias, que tengo una razon poderosa para no salir de Salamanca, y espero que mis dignos camaradas respetarán esta razon sin obligarme á decirla.

—Pues yo espero que Vd. tendrá la bondad de acompañar á sus dignos camaradas, contestó D. Bruno, que no tenia la costumbre de tutear á sus criados, recordando sin duda lo que esta costumbre española habia herido en algun tiempo su amor propio.

Trabóse una polémica prudente por el decoro con que el amo y el criado se trataban, y sembrada de reticencias que revelaban algun misterio. Indudablemente, Matias ejercia ya algun predominio sobre D. Bruno, á quien guardaba sin embargo las consideraciones que un criado sabe hacer compatibles con la familiaridad á que le da cierto derecho la posesio n de un secreto. Nosotros testigos mudos durante algun tiempo de aquella escena que no acertamos á comprender, nos levantamos al fin para retirarnos dispuestos siempre á realizar nuestro proyecto, aunque sintiendo en el alma no contar con el precioso apoyo de nuestro mas respetable camarada. D. Bruno y su criado se levantaron tambien sin darnos otro consuelo en su despedida, que una vaga esperanza contenida en estas palabras del hombre cuyo consejo habíamos pedido y aprobado.

—Yo les prometo á ustedes que Bruno será su compañero de viaje.

Nuestra primera diligencia fué buscar otro panderetero, que no tuvimos la dicha de encontrar, á pesar de lo

cual insistimos en nuestra resolucio n. A los dos días teníamos preparados los instrumentos, y sacados los pasaportes; nuestro equipaje, como estudiantes pobres, consistia en un par de camisas que llevamos en un pañuelo debajo del manto, y la cuchara de palo colocada entre la cinta del sombrero de tres picos. Rompimos la marcha echando siempre de ménos á Matias, tanto por su voz y su pandereta, como por su genio apropiado para nuestra expedicio n, y no quisimos abandonar la poblacion sin entonar algunos cantares de despedida ante la preciosa fachada de nuestra querida universidad. Detuvimos allí en efecto, y pronto nos vimos cercados de una muchedumbre inmensa, compuesta de estudiantes en su mayor parte, que se aglomeraron en aquel punto, tanto para decirnos «á Dios» como por disfrutar de nuestra serenata. Empezamos los de las guitarras á rasgar la jota, el de la flauta y el del violin á improvisar variaciones, y todos en fin á cantar una copla de las varias que habíamos compuesto alusivas á nuestra despedida. El efecto era magnífico, porque á nuestras voces se unieron las de mas de tres mil estudiantes, produciendo una especie de concierto monstruo, infernal, con gran satisfaccio n de la gente que se apiñaba en los balcones y bocas-calles, para gozar de aquel grandioso espectáculo; pero cuando nosotros, y el público todo, nos vimos sorprendidos y agitados como por la conmocion que produciria una descarga electro-música, fué á la conclusio n del cantar. El estribillo armónico de los instrumentos fué de pronto enriquecido por una pandereta que repiqueteaba, subia, bajaba, desaparecia y se presentaba de nuevo, girando como una peonza sobre un dedo índice, para repetir las mismas cadencias, las mismas evoluciones, los mismos efectos. Escusado creo decir que el hombre, el estudiante, el diablo improvisado de aquella manera en el concierto, era nuestro amigo Matias.

La serenata concluyó dejando satisfecho á todo el mundo; al público porque se habia divertido de valde, y á nosotros porque los aplausos que habíamos recibido nos hacian esperar otros mas positivos. Un cuarto de hora despues estábamos fuera de la ciudad, y Matias, incorporado en nuestro gremio sin darnos explicacion alguna de su conducta, fué el elegido para arrojar al aire la arena, que nos indicó el camino de Portugal.

Conservaba nuestro panderetero un resto de melancolía; pero estaba entre gente alegre, y tanto sus penas íntimas como las nuestras se desvanecieron ante las ocurrencias chistosas y las ilusiones poéticas propias de la juventud que ve ante sus ojos el panorama de la vida errante.

La estudiantina ó sea peregrinacion de estudiantes que van de pueblo en pueblo, no á hacer penitencia, sino á divertirse, divirtiendo á los demás, es una de las costumbres mas características de España, costumbre que agrada siempre á los naturales y encanta á los extranjeros. Nada hay mas animado, nada mas bullicioso que esas excursiones de jóvenes, recorriendo las grandes y chicas poblaciones, atrayendo á la muchedumbre con su algazara, improvisando cantares á todo el mundo, y principalmente á las mujeres cuya vanidad saben herir agradablemente en sus mas delicadas fibras, no conociendo el reposo ni el cansancio, en fin pidiendo y obteniendo dinero de todos los espectadores, no como limosna, sino como debida recompensa. Para esto es absolutamente preciso el antiguo traje que solo se emplea ya en las excursiones de que voy hablando, y con el cual no hay chiste picante, no hay adulacion, no hay travesura, no hay nada que no sea tolerado por el que hace la víctima, y aplaudido por la generalidad; si bien debo advertir que los estudiantes tienen bastante buen seso para contener sus bromas en los límites del decoro.

La docilidad con que la lengua castellana se presta á la improvisacion, es un recurso de grandísima importancia; pues no bien se abre un balcon y se presenta una persona cualquiera cuando ya tiene encima el cantar alusivo á sus afecciones, su vida, su fortuna, y su carácter, para lo cual hay siempre algun miembro de la expedicio n dedicado á estas interesantes investigaciones. Además, como en este repetido ejercicio se agotaría la fecundidad del mismo Lope de Vega, los estudiantes llevan de repuesto en la memoria un millar de cantares celebrando los cabellos castaños ó rubios, los ojos negros ó azules, la tez morena ó blanca, etc. Entre estos cantares los hay para las solteras, para las casadas, para las viudas, y muchas pobres mujeres se llenan de orgullo con los piropos que ya se han gastado en otras mil de su clase y condicio n.

Esta descripcio n de la estudiantina en general me dispensa de hacer la de la nuestra en particular, que fué una serie no interrumpida de triunfos. Comiamos y bebíamos como unos señores, íbamos por la noche al teatro donde lo habia, nos alojábamos en las mejores posadas, y despues de cubrir estos gastos, tocábamos al día lo que ménos á cuatro ó cinco duros por barba. Con pocos meses que la expedicio n hubiera durado, los siete pobres estudiantes habríamos vuelto á Salamanca hechos siete infantes de Lara, cuando no siete sabios de Grecia, porque sabido es que el dinero tiene la virtud de hacer nobles á los plebeyos y sabios á los ignorantes.

Así, de pueblo en pueblo, atravesando unas veces por medianos caminos, otras por malos senderos, pero siempre infatigables y alegres, llegamos á Lisboa, donde el mar atajó nuestros pasos, y cuyo puerto perfectamente descripto por el buril de un excelente artista, verán nuestros lectores en la primera página de este número. La ciudad es grande y hermosa, tiene las irre-

gularidades de las poblaciones antiguas unidas á la que ocasiona la desigualdad del terreno, pero hay calles preciosas, admirables iglesias, palacios de primer órden, y en vista de todo esto, absolvimos en parte á los portugueses de las exageraciones con que hasta entónces nos habian abrumado. Porque todos mis lectores sabrán que el flaco de los portugueses es la idea equivocada que tienen de su importancia individual y colectiva, en corroboracion de lo cual citaré algunas de nuestras aventuras.

Discutíamos un día con un portugués acerca de la preponderancia de algunos pueblos, y aquel hombre creyó lisonjearnos diciendo:

—El día que la España se una á Portugal no tendremos nada que envidiar á ninguna potencia del mundo.

Hicimosle la observacion de que en tal caso seria mas lógico que Portugal se uniese á España, la parte al todo, y por única contestacion el hombre se retiró, lanzándonos una mirada de soberano desprecio.

Hablábamos otro día de la importancia marítima de las naciones, y otro portugués presentó esta singular estadística:

—«La marina española no existe; la francesa empieza á tomar incremento, la rusa va siendo formidable, la inglesa... ¡uf! añadió haciendo una mueca de admiracion, la marina inglesa puede ya casi competir con la nuestra.»

Pero lo que mas caracteriza á los portugueses en el deseo de abultar las cosas de su país es el tipo de las unidades á que sujetan sus cálculos. Cuando hablan de sus escuadrones no cuentan los caballos ó los ginetes sino los piés de los caballos; porque naturalmente les parece mas pobre hablar de ciento ó de doscientos caballos que de cuatrocientos ú ochocientos *peus de caballo*. Para el dinero tienen, ó por mejor decir, se refieren á una moneda imaginaria que llaman *reis*, en singular, y *reís* en plural, moneda cuyo valor no recuerdo, pero basta decir que es muy inferior al maravé español y al céntimo francés. De este modo sus cuentas, sus presupuestos, presentan largas tiradas de guarismos que asustan al que no sabe que muchos millones de *reis* componen pocos miles de *reales*.

A propósito de esto, contaré el conflicto en que nos vimos al llegar á Lisboa. Entramos en una fonda donde en celebracion de nuestra feliz empresa pedimos una comida decente si no espléndida. Servíanos á la mesa una bellísima jóven, que hablaba perfectamente el español, y con la cual tratamos inútilmente de entablar conversacion, pues solo respondia por monosílabos á nuestras preguntas, cosa que no nos extrañó, atendiendo á la natural cortedad de las muchachas bien educadas, y sobre todo al exceso de su trabajo, porque la pobre tenia que acudir á muchas mesas á un tiempo. Pero lo que no pudo ménos de extrañarnos fué la cuenta que nos presentó en un papelito al concluir, concebida sobre poco mas ó ménos en estos términos:

|                                  |            |
|----------------------------------|------------|
| Sopa . . . . .                   | 500 rs.    |
| Un pavo asado . . . . .          | 2,800      |
| Tres besugos fritos . . . . .    | 1,200      |
| Pan . . . . .                    | 700        |
| Una ensalada de berros . . . . . | 400        |
| Postres . . . . .                | 800        |
| Vinos y licores . . . . .        | 3,600      |
|                                  | -----      |
|                                  | 10,000 rs. |

Al ver esta cuenta, creo que todos perdimos el color, pues aunque teníamos con que pagar, no era ménos cierto que el abuso del fondista nos arruinaba, y como era natural, empezamos á hacer estas y otras exclamaciones:

—¡Diez mil reales por una comida que no vale diez duros! ¡Esto es abominable!

—¡Vea Vd.! ¡Cuatrocientos reales por una ensalada de berros!

—¿Pues y los vinos?

—¿Pues y el pavo? ¿Qué pavo es ese que vale dos mil ochocientos reales?

—¡Aunque fuera de oro!

El único de nosotros que no chistaba era Matias. Preguntámosle qué tal le parecia la cuenta de la comida, y sin apartar los ojos de un punto contestó:

—No es cara.

De seguro Matias, que no habia casi comido, no habia entendido una palabra, lo que mis lectores comprenderán bien, sabiendo que el pobre se habia enamorado perdidamente de la muchacha que nos sirvió á la mesa, en lo que, á decir verdad, dió una prueba de buen gusto. Por fortuna, la mencionada jóven oyó nuestras exclamaciones, y vino á sacarnos del error que nos atormentaba, diciéndonos en castellano lo que debíamos pagar, que todo ello subia á doce ó catorce duros, á los cuales añadió Matias otros dos para la criada, pero esta los devolvió, diciendo que no tenia costumbre de recibir tan grandes propinas.

Mucho trabajo nos costó sacar á Matias de su distraccion, mucho mas sacarle de la fonda, y esto nos hacia temer con fundamento lo que nos costaria el sacarle de la ciudad para continuar nuestra expedicio n. Entramos en un café, y allí empezamos á hacer prudentes reflexiones á nuestro camarada sobre la conveniencia de volver á Salamanca, de donde faltábamos hacia ya dos meses, pero grande fué nuestra sorpresa al ver que Matias lejos de escucharnos se entretenia en leer un periódico portugués, ó por mejor decir, no fué esto lo que

mas debia sorprendernos, sino el ver á Matías soltar el periódico de pronto, hacer un ademán de desesperación, y ocultarse el rostro entre las manos, dando un grito que mas propiamente podia llamarse rugido.

Asombrados nosotros de lo que estaban viendo, cogimos el mencionado periódico, en el cual tuvimos el sentimiento de hallar esta triste noticia:

« Un vecino de la ciudad de Salamanca llamado D. Bruno..., se arrojó días pasados al río Tormes, desde el gran puente romano, y aunque daba señales de vida cuando lograron sacarle del agua, es de creer que haya dejado de existir. Ignórase la causa de este suicidio; sólo se sabe que ha dejado por heredero de su inmensa fortuna á su criado Matías..., alumno de la Universidad. »

Pero todas estas sorpresas eran pequeñas para nosotros comparadas con la que nos reservaba Matías. Cuando le preguntamos si él sabia el motivo de tan infausto suceso, nos lanzó una siniestra mirada, diciendo:

— ¡ Vosotros sois la causa de esa catástrofe!

Y pálido como un cadáver, haciendo inútiles esfuerzos para arrojar por los ojos el dolor que le oprimía el alma, salió del café sin despedirse de nosotros, dejándonos absortos con sus palabras, que no podíamos comprender.

Pero este artículo se va prolongando mucho, y mis lectores tendrán la bondad de esperar al número inmediato para saber el fin de esta verídica historia.

J. M. VILLER GAS.

### Historia de la semana.

Los habitantes de un barrio retirado de la capital, el barrio Montparnasse, sobre todo los que residen en la proximidad de la casa n.º 47 del boulevard que lleva el mismo nombre, se hallaban acostumbrados desde hace tiempo á ver pasar á un anciano casi octogenario que salía de una de las guardillas de esa casa casi todos los días á las mismas horas en invierno que en verano. Este pobre viejo llevaba una vida retirada y solitaria, en el miserable rincón que habitaba había veintiocho años. Aunque de un carácter bastante afable, vivía sin ninguna clase de relaciones, y sobre todo nunca había permitido que persona alguna pusiera los pies dentro de su casa; él mismo se hacia sus comidas, y salía á buscar sus provisiones á largas distancias para evitar todo roce con el vecindario. Nadie supo jamás quien era; iba vestido decentemente, y á pesar de que las prendas que llevaba encima estuviesen lejos de ser nuevas, se conocía que en otro tiempo habían debido constituir un uniforme. Por esta causa, en la vecindad, se le designaba bajo el nombre del *viejo militar*.

Ahora bien, el tabernero de la esquina mas próxima á su casa, hubo de notar el jueves último que hacia dos días el viejo militar no había pasado delante de su puerta, faltando á una costumbre que duraba la friolera de veintiocho años.

— ¿Qué novedad es esta? exclamó el medidor de azumbres y cuartillos, quien, lo mismo que el tendero de al lado, no habría tenido inconveniente en arreglar el reloj de su taberna, poniéndole á la hora cuando pasaba el viejo, pues jamás dejaba este de pasar á las doce justas y cabales.

Su falta puso en conmoción, no solo al tabernero, sino á todo el barrio. La gente mas inquieta, al punto nombró una comisión compuesta de un par de albañiles domiciliados en la misma casa, los cuales subieron al tejado, y por una claravoya que daba á la guardilla del viejo militar, distinguieron á este infeliz extendido sin movimiento en su pobre cama.

El comisario de policía instruido de lo que pasaba, mandó descerrajar la puerta, y por fin los ojos profanos penetraron en aquel rincón cerrado tanto tiempo hacia á los curiosos. El aposento presentaba un espectáculo nunca visto, y ni aun siquiera imaginado.

Segun todas las probabilidades, jamás había penetrado una escoba por aquellos umbrales, y las ventanas constantemente habían permanecido cerradas. A la poca luz cuya entrada permitían los vidrios cubiertos de una espesa capa de polvo, se descubría un confuso monton que llamaríamos de sapos y cubrebrás. Las telarañas se cruzaban y enredaban en todos sentidos, formando caprichosas colgaduras que unían el suelo con el techo, y todo aquello estaba habitado por una muchedumbre de insectos que corrían en toda libertad, como quien se halla dentro de su casa.

El médico reconoció que el pobre viejo había repentinamente muerto de un ataque de asfixia pulmonar.

— ¡Aquí están sus tesoros! gritó una voz poniendo la mano sobre el colchón donde se hallaba extendido el cadáver.

En efecto, este colchón parecia contener varios objetos, y el comisario de policía dió permiso para descoserle. Pero ¡oh sorpresa! Lo que contenía era lo siguiente: Unas cien piedras de afilar navajas y varias herramientas: badilas, tenazas, conteras de bastón, puños de paraguas, y paraguas viejos, botellas rotas, sierras, pedazos de leña y otros utensilios del mismo género; en cuanto á lana, aquel colchón no la había conocido.

La almohada encerraba unos saquitos llenos de clavos, botones y hierro viejo.

El público se quedó estupefacto con el descubrimiento.

Después se ha sabido, por unos papeles que se hallaron haciendo excavaciones en la guardilla, que el viejo militar recibía una corta pensión de uno de sus parientes que reside fuera de París, á quien la justicia ha dado parte de lo sucedido.

Ya que estamos en este barrio de Montparnasse, y nos hallamos en el capítulo de muertes, no queremos pasar á otro asunto, sin consignar aquí otro hecho acaecido por aquellos sitios.

Un joven llamado Carlos, cuyo apellido señala el periódico

judicial con una F..., obtuvo hace ya algun tiempo, gracias á sus extensos conocimientos científicos, un empleo de agregado á una direccion de productos químicos de las mas famosas, situada en las cercanías de París; pero desgraciadamente, el joven tenia un defecto que depravaba sus buenas cualidades, y era una afición irresistible á la bebida.

Diferentes veces le había sucedido ya, á consecuencia del abuso de los licores fuertes, que, aletargado por la embriaguez, pasaba la noche fuera de su domicilio, en mitad del campo, donde le robaron en varias ocasiones durante el sueño.

Días pasados, Carlos vino á París por asuntos de comercio. Después de comer entró repetidas veces en las tabernas, y habiendo perdido el hilo de sus ideas, se dirigió sin saber donde iba, hacia la barrera Montparnase, y se tendió sobre la yerba en aquel despoblado, donde no tardó en dormirse como una piedra.

Carlos vió en sueños cosas extraordinarias, pero devorado por una sed ardiente medio se despertó, y creyendo que llevaba encima buen rom de la Jamaica, cogió uno de los frasquitos que siempre tenia en el bolsillo, el que se imaginó contenía aquel licor, y de un solo trago le vació en su garganta.

Ahora bien, este frasquillo estaba lleno de ácido sulfúrico, que no tardó en torcerle y abrasarle las entrañas.

Una ronda de seguridad que pasaba por allí cerca oyó sus formidables gritos. Los agentes le transportaron á una casa vecina donde le prodigaron algunos socorros, y Carlos, á pesar de sus padecimientos, recobró bastante sangre fria para contar lo que había pasado, y espiró maldiciendo la funesta pasión que le llevaba á la sepultura, como en justo castigo.

Hasta aquí las historias lúgubres de la semana; ahora pasaremos á cosas mas alegres, y si al lector le parece demasiado brusca la transición de muertes á casamientos, para eso deberá tener en cuenta que el cronista no dispone á su gusto, sino que relata uno por uno los acontecimientos.

París ha recibido en su seno esta semana á dos recién casados, procedentes de Baden, que vienen á fijar aquí su residencia.

He aquí la narración de sus amores y de su boda:

Un rico baron alemán, poseído de ese orgulloso desden que caracteriza á la aristocracia germánica, manifestó la mas violenta indignación, cuando le declaró su hija que estaba enamorada de un artista, de un joven pintor parisiense, con quien queria casarse.

— Padre mio, os juro que nunca tendré otro esposo.

El padre indignado, contestó con otro juramento no menos solemne:

— Pues yo te prometo, hija mia, que te dejaré morir de desesperación, ántes de permitir una boda degradante para mi raza.

— ¡Padre mio!

— ¡Basta! Nunca la hija del baron de \*\*\* se casará con un artista.

Esta escena pasaba en París; de modo que maldiciendo, aunque demasiado tarde, el haber traído á esta capital á su hija, el baron se apresuró á llevársela á Austria, donde tenia proyectos de casarla con uno de sus vecinos, rico y baron como él.

Sucedía esto á fines del último invierno. La joven alemana, ántes de salir de París, pudo despedirse del que ella llamaba su futuro, y le dió una cita en Baden para los primeros días del verano.

En cuanto llegó á Viena, cayó en una melancolía de que nada podía distraerla. El padre no hizo mucho caso, pues creía que aquello no pasaria de una tristeza pasajera; pero cuando vió que la pena no cedía, y que la salud de la joven se alteraba de un modo alarmante, el baron asustado consultó á los mejores médicos de Viena, que reconocieron en el estado de abatimiento de la enferma, los síntomas de una afección moral de las mas temibles.

Pero contra esta clase de ataques todos los doctores del mundo son impotentes; el único remedio que se conoce es el de dar satisfacción al alma que sufre, y tal fué en esta ocasión la receta de los doctores de Viena.

El orgullo y la ternura paternal se dieron en el baron una reñida batalla, pero al cabo venció el orgullo; el noble se obstinaba en pensar que las penas de amor no son eternas, y que al fin y al cabo tienen cura; creyó simplemente que los médicos trataban de hacer valer sus cuidados, multiplicando las visitas, para merecer el alto premio que había ofrecido si la joven recobraba su salud y alegría.

Aquellos buenos doctores, no sabiendo que recetar á la enferma, se apoderaron al vuelo de una palabra que ella había pronunciado por descuido: la joven habló un día de las aguas de Baden; quizá era un consejo providencial este capricho.

— Tenemos el remedio, dijeron los médicos al baron gozosos hasta lo sumo.

— Veamos, respondió el baron, que contaba de un día á otro con la curación de su hija.

— Hay que llevarla á los baños de Baden; esas aguas la devolverán la salud, y no será la primera vez que se han visto allí tamaños prodigios.

Lleno de confianza en esa prescripción que le convenia bajo todos conceptos, el baron se apresuró á seguirla; pero la residencia en Baden no produjo ninguna mejoría en la salud de su hija, y los doctores del país, consultados, á fuerza de dinero, no fueron mas afortunados que sus colegas de Viena.

Uno de ellos, aquel á quien la enferma distinguía entre todos, y con quien había tenido largas conferencias, se mostró mas formal que sus compañeros, y declaró al baron que quedaban ya muy pocas esperanzas, y que si dependía de él el satisfacer el deseo de su hija, debía apresurarse á ello.

El baron permaneció inflexible.

Por entonces, el joven artista francés se presentó en Baden. El baron quiso marcharse inmediatamente, pero el doctor le dijo que la enferma no podia ponerse en camino.

— Un poco de paciencia, señor baron... no tardaréis mucho en estar libre, y entonces os podréis marchar... solo.

— ¿Qué decis?

— Sí, vuestra hija no tiene ya muchos días de vida.

Esta sentencia, pronunciada por un médico de una experiencia consumada, por un príncipe de la ciencia, no tenia apelación ninguna. El baron consternado sintió en aquel instante que el corazón se le ablandaba un poco.

Su hija en el lecho de muerte le dijo que le perdonaba, y que moriria dichosa y contenta, si en sus últimos momentos se enlazaba con el hombre que causaba su pérdida.

¿Qué padre en el mundo habría resistido á la última súplica de una hija á las puertas del sepulcro? Por otra parte, el orgullo del baron no debía lastimarse por algunas horas de una alianza que la muerte iba á romper para siempre, y cedió á sus ruegos sin gran trabajo.

La enferma recibió la bendición nupcial, pero un instante después, reanimada como por encanto, volvió á la vida, que desde entonces debia ser para ella hermosa y agradable.

El amor y la felicidad son dos buenos médicos; pero aquí el milagro no fué difícil, pues la enferma había disfrutado siempre de la mejor salud, y el doctor, cómplice de su astucia, no había jamás dudado del buen éxito de su tratamiento, que condujo con mucha sagacidad y mucho talento.

En cuanto al baron, mucho tardará en consolarse de la herida que aquella conspiración hizo á su orgullo.

Quizá este señor no se consolará nunca de este matrimonio desigual tan degradante para su nombre ilustre, pues la altanería de la aristocracia germánica es superior sin duda alguna á la que ostentan en otros países esas razas privilegiadas. Este noble desden hacia los plebeyos está tan arraigada en Alemania que, aun en las mas humildes condiciones de fortuna, no admite paliativos ni transacciones. Prueba de ello es la siguiente anécdota que escriben de Baden á un periódico parisiense:

Parece ser que el dueño de una fonda poco frecuentada por los viajeros del Rhin alojaba en su establecimiento hacia dos meses á un joven extranjero que, al llegar, había manifestado la intención de no permanecer allí mas de veinticuatro horas. No eran pues las curiosidades del lugar la causa de su larga residencia, pues en efecto con un día había lo suficiente para verlas; pero el posadero tenia una hija muy bonita, y el joven había andado tan listo en aquellos dos meses, que por fin una mañana llamó aparte á su padre, y le preguntó si queria tomarle por yerno.

A esta proposición inesperada, el fondista, que ordinariamente se mostraba muy obsequioso con los viajeros, descendiendo á llenar en su posada hasta las funciones mas humildes, tomó una actitud grave y majestuosa, en tanto que su fisonomía demostraba el asombro que puede causar una pretensión exajerada y atrevida.

— ¡Vd. aspira á casarse con mi hija! le dijo.

El joven quiso hacerle entender que pertenecía á una buena familia, que siempre había observado una conducta irreprochable, y que poseía una buena fortuna.

— Está muy bien, repuso el posadero; pero ante todo, ¿es Vd. noble?

— ¿Y porqué esa pregunta?

— Diga Vd. sí ó no.

— No; no soy noble.

— En ese caso lo siento mucho, pero mi hija no es para Vd., pues nunca se casará con un plebeyo. Nuestra casa no ha contraído jamás tales alianzas.

— ¿Qué casa? ¿La posada del *Caballo Blanco*?

— No señor, la casa de los barones de \*\*\*, de la que soy jefe.

Esto parece broma, pero el que escribe la historia asegura que el joven fué despedido al punto, y que nada pudo vencer la obstinación del baron-fondista del *Caballo Blanco*.

MARIANO URRABIETA.

11 setiembre 1853.

### FABULAS.

#### EL NIÑO EN ALTO.

Imitacion del francés.

Trepó sobre una silla, y arrogante  
Un chiquillo gritó: Yo soy gigante.  
Monuelo saltarin, dijo un anciano,  
Baja y serás enano.

#### EL ÁGUILA Y EL CARACOL.

Imitacion del francés.

Vió en la eminente roca donde nida  
El águila real, que se le llega  
Un torpe caracol de la honda vega,  
Y exclama sorprendida:  
¿Cómo, con ese andar tan perezoso,  
Tan arriba subiste á visitarme?  
Subí, señora, contestó el baboso,  
A fuerza de arrastrarme.

J. E. HARTZENBUSCH.

### S. Petersburgo.

San Petersburgo, la capital mas moderna de Europa es, sin embargo, la que tiene un carácter mas monumental. En algunos puntos todo lo que puede alcanza-

la vista es una serie de palacios pertenecientes á la familia imperial, ó consagrados algunos á las artes, al comercio, á la industria, á la guerra y tambien al culto religioso. Sin duda muchos de estos monumentos prestan buenas armas á la crítica, y pronto deja uno de admirarlos, encontrando muchos que son italianos, franceses, alemanes, y muy pocos que sean verdaderamente rusos. Pero por confesion de los mismos escritores que han llevado al exceso la crítica en esta parte, el primer sentimiento que se apodera del viajero cuando llega á la capital de Rusia, es el de la admiracion, sentimiento que se redobla cuando se abren las obras publicadas hace un siglo y se encuentra, por ejemplo, la siguiente des-

cripcion tomada de las memorias de Weber, impresa en 1723:

«Toda la ciudad, es por decirlo así, un pantano rodeado por todos lados de bosques y desiertos, exceptuando la Plaza Mayor, cuyo terreno es seco y desahogado. En los alrededores apenas puede uno contar dos ó tres caminos, y los vecinos de los pueblos inmediatos atraviesan los bosques y lagunas como pueden, para llegar á la ciudad.»

Los mas hermosos monumentos de S. Petersburgo son los mas modernos. Así la Lonja, la columna Alejandrina, el Teatro, el Palacio de Invierno y la iglesia de San-Isaac, cuyos dibujos damos en este número, hace



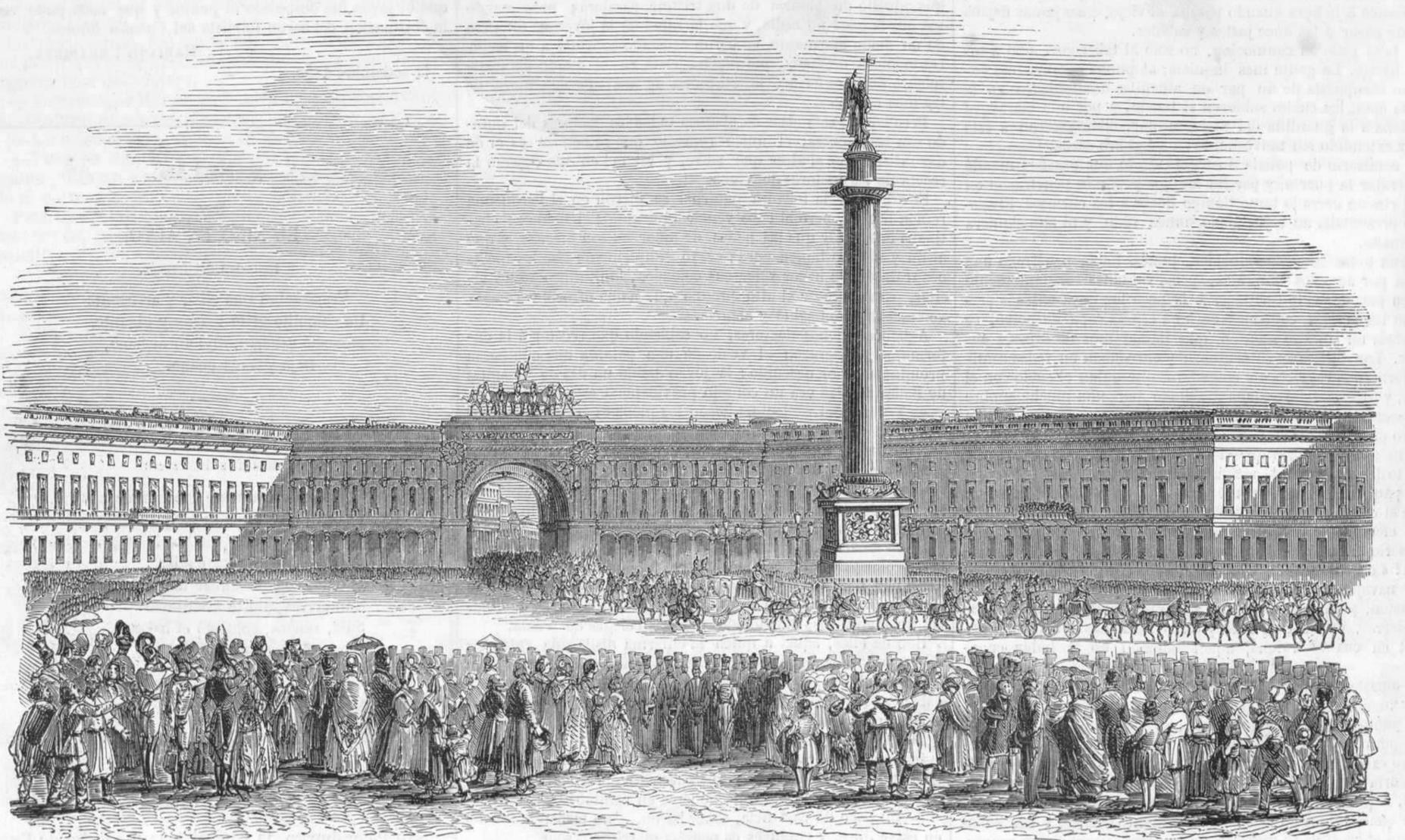
San Petersburgo. — Iglesia de San Isaac.

poco tiempo que se construyeron. La Lonja, en verdad, ha sido inaugurada en 1816; pero el Teatro es mas moderno; la columna Alejandrina no se inauguró hasta 1834, la iglesia de San-Isaac en 1836, y el Palacio de Invierno se edificó en 1838.

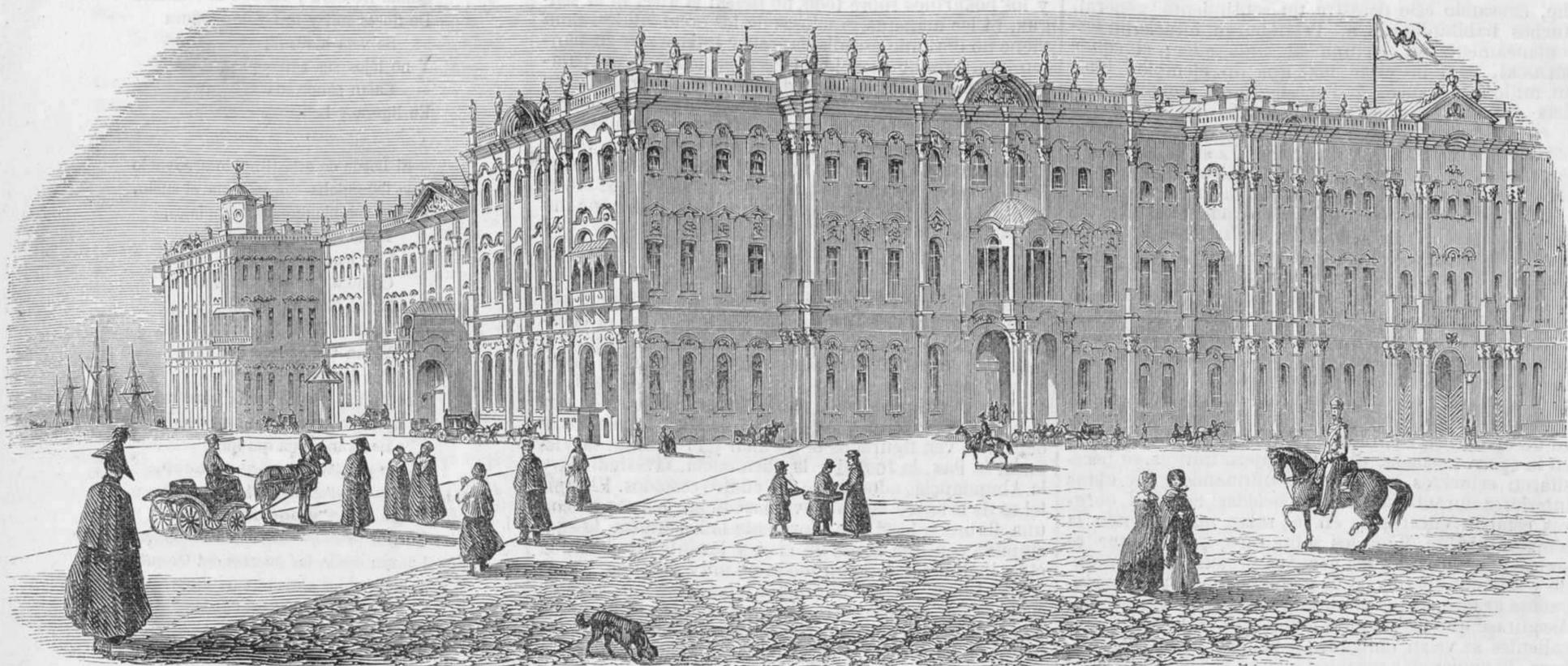
PALACIO DE INVIERNO.

El palacio imperial de S. Petersburgo, se llama *Palacio de Invierno*. Diósele este nombre en su origen para diferenciarle del *Palacio de Verano*, que el emperador

Pablo hizo destruir para construir en el mismo terreno el palacio de Michaelof. No existe por consiguiente ya el Palacio de Verano, pero no por eso ha dejado de darse el nombre de Palacio de Invierno á la actual residencia del Emperador de Rusia.



San Petersburgo. — Columna Alejandrina. — Vista de la plaza en una ceremonia imperial



San Petersburgo. — Palacio de Invierno.

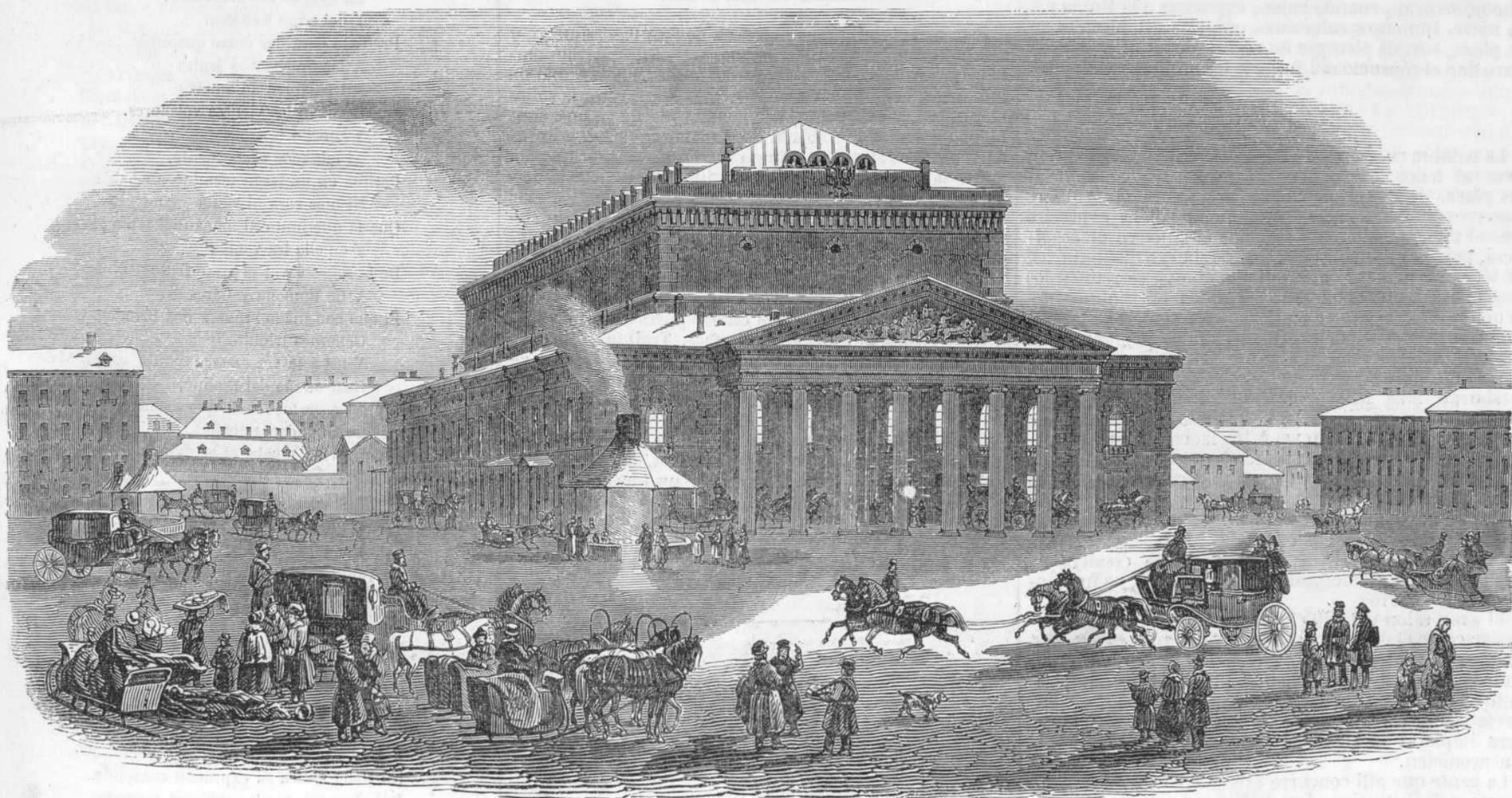
Este palacio apenas cuenta ahora 16 años de existencia, y está situado en el sitio ocupado por otro que fue devorado por las llamas. Edificado bajo el reinado de Isabel, por el italiano Rastrelli, el antiguo Palacio de Invierno era tan grande, que vivían en él más de seis mil personas. El intendente de Palacio que había desempeñado este destino durante once años, no conocía todas las habitaciones. Era un verdadero laberinto. Los guardianes domiciliados en las bohardillas, para llenar diferentes deberes, entre otros el de impedir que los pilones de las fuentes se helasen, para lo cual echaban en ellos barras ardiendo, habían construido detrás de las chimeneas,



San Petersburgo — La Lonja.

por la parte exterior, chozas donde dormían sus mujeres y sus hijos, criaban gallinas, y hasta cañras, que se alimentaban con la yerba del terrado. Si fuésemos á dar crédito á algunos rumores que nos parecen exagerados, algunos habían hecho subir vacas; pero este abuso era muy anterior á la época del incendio.

Cuatro mil obreros habían trabajado en este palacio, que sus propietarios no dejaron de embellecer en el período de ochenta años. Nunca tal vez se habían acumulado en un mismo edificio tantos objetos preciosos. Terciopelos, rasos, tapices, molduras, espejos, mármoles, estatuas, cuadros, todo lo destruyó el fuego en menos de una no



San Petersburgo. — El Gran-Teatro.

che, causando este desastre un sentimiento general. Muchos habitantes de S. Petersburgo ofrecieron espontáneamente su fortuna al emperador; el conde Barincki, para no citar mas que un ejemplo, puso un millon de francos á disposicion del monarca. Dos dias despues, Nicolás I atravesaba las calles solo en su ligero tálburi: un hombre que llevaba la barba larga y el traje de *mujik* corrió á su encuentro, y le puso sobre las rodillas 25,000 rublos en billetes de banco, marchándose en seguida sin decir su nombre.

El emperador rehusó aceptar estas generosas ofertas; pero hizo reconstruir el Palacio de Invierno cuyo incendio habia tenido el dolor de presenciar. Desde el dia siguiente su resolucion habia sido tomada: llamó á los arquitectos, y les dijo que al año siguiente en el mismo dia queria recibir á la córte en un palacio nuevo. Los arquitectos hicieron algunas objeciones muy justas, pero el emperador habló como amo, y ellos obedecieron. Un año despues, contado dia por dia, el emperador recibió á su córte en una nueva sala de San Jorje.

Este resultado habia costado la vida á un gran número de operarios. « Para que el trabajo fuera concluido en la época señalada, dice un viajero francés, se necesitaron esfuerzos inauditos, continuándose las obras interiores durante las grandes heladas. Seis mil obreros estaban encerrados en las salas, manteniendo la temperatura de 30 grados sobre cero, á fin de que se secasen cuanto ántes las paredes. Así sufrieron entrando y saliendo diferencias de temperatura de mas de cincuenta grados, lo que produjo muchas muertes cada dia. Asegúrase que los pintores empleados en las salas mas calientes se veian obligados á ponerse hielo en la cabeza. El emperador mismo y toda su familia estuvieron á punto de perecer víctimas de la precipitacion. Algunos dias ántes de una gran fiesta para la cual se preparaba la famosa galeria de San Jorje, el techo de esta galeria se hundió con un ruido espantoso.»

El palacio actual es un gran paralelogramo de cuatro fachadas; tiene sobre 150 metros de largo y 150 de ancho. « Si puede compararse á algun otro palacio de Europa, dice M. Luis Viardot, es al palacio real de Madrid. Tiene la misma forma en general, tiene cuatro fachadas, dos pisos con columnas superpuestas, un patio interior y ningun jardín. Aunque mas espacioso el palacio de San Petersburgo es de ladrillo, mientras que el de Madrid es de granito y mármol; pero este da sobre el humilde Manzanares y el otro sobre el orgulloso Neva. El de San Petersburgo compensa la inferioridad de su materia y la pesadez de su forma por la magnificencia nunca vista de sus habitaciones. La escalera principal de mármol incrustada de oro; la *sala blanca*, de estuco, donde se dan comidas de cien cubiertos; la sala de San Jorje toda de mármol de Carrara no tienen nada que envidiar ni aun á las espléndidas prodigalidades del gran rey.»

Las habitaciones del emperador están en el piso segundo, debajo del telégrafo, en el ángulo del edificio que da por un lado al Neva, y por el otro á la plaza del Almirantazgo.

#### TEATRO.

La vista exterior del teatro de San Petersburgo que damos hoy, ha sido tomada durante el invierno. Los carruajes, como observarán nuestros lectores, pasan por entre las columnas del peristilo y la fachada propiamente dicha, á fin de que las personas que van en coche no se vean, cuando bajan, expuestas á la lluvia y á la nieve. Inmensos caloríferos públicos establecidos en la plaza, surtida siempre de coches de alquiler, sirven para dar el consuelo del fuego á los cocheros y criados.

#### LA LONJA.

La palabra rusa *birsha* ó Lonja, sirve para designar en general todos los lugares muy concurridos, incluidas las plazas de los carruajes públicos. Cuando uno quiere hacerse conducir á la Lonja propiamente dicha, es preciso que al mencionado nombre añada el adjetivo de *holandesa*, porque el pueblo de San Petersburgo distingue así de todas las demas Lonjas aquella en que se reúnen los negociantes, probablemente porque en el sitio que hoy ocupa se establecieron á su llegada los comerciantes holandeses invitados por Pedro el Grande á poblar aquella capital.

La Lonja holandesa es uno de los edificios de San Petersburgo mas favorablemente situados. Domina la puerta de San Basilio Ostroff teniendo una escalera de granito para bajar al Neva. A los lados del terrado circular sobre el cual descansa, se elevan dos columnas de mas de treinta metros de elevacion decoradas con proas de navío, de hierro, conteniendo vasos gigantescos que se llenan de materias inflamables en las grandes iluminaciones públicas. Estas columnas son huecas y puede subirse hasta la mayor altura por una escalera de hierro interior. Comenzada la obra en 1806, no fué concluida hasta 1816.

El gran salon del edificio, alumbrado por la parte superior como el de Paris, no tiene nada que sea notable, como no sean sus colosales dimensiones. Hay en él, sin embargo, un altar siempre lleno de velas encendidas, ante el cual los comerciantes tienen cuidado de inclinarse siempre y á veces de prosternarse cuando entran para implorar el favor de los santos en las empresas que acometen.

La gente que allí concurre carece en general de elegancia y de distincion. Los judios polacos, los tártaros

y los bokarinos sobre todo, no tienen el aire, ni la lengua, ni las maneras graciosas de los occidentales. Conviene no obstante estudiarla, saber interpretar su pantomima, prestar atencion al eco prolongado de palabras pronunciadas en voz baja que pueden resonar en muy lejanas tierras. Hácense allí operaciones colosales, siendo digno de notarse que todo lo que se anuncia en alta voz vale muy poco, al paso que cuando se ve un grupo de varias personas, entre el cual no podria penetrar un raton, y hablando piano, pianísimo, puede creerse que se está rematando un negocio de la mayor importancia.

#### COLUMNA ALEJANDRINA.

Esta columna es el monolito mas grande que se conoce, pues tiene en la piedra única que forma el cuerpo 26 metros 62 centímetros de longitud. El capitel y pedestal, de granito tambien, están revestidos de bronce, adornados los cuatro lados con trofeos simbólicos. En la cara principal hay una inscripcion sostenida por la Fama, que dice: *A Alejandro I, la Rusia reconocida*, y debajo se ven figurados el Niemen y el Vístula, la Victoria, la Paz, la Justicia, la Clemencia, la Sabiduría y la Abundancia, adornando los cuatro costados. El capitel es de bronce, como llevamos dicho, coronado con una figura colosal que representa la Esperanza, la cual empuña con una mano la cruz y levanta en el aire la otra, inclinándose de un modo no muy gracioso.

La historia de la columna Alejandrina nos ha sido contada por M. Montferrand, arquitecto francés, que ha tenido la gloria de construir en San Petersburgo la catedral de San Isaac, y sacar en Moscou de debajo de la tierra la *reina de las campanas*.

Parece que en 1829 M. Montferrand descubrió en las posesiones rusas una piedra inmensa que tenia 30 metros de longitud sobre un espesor de 6 metros 70 centímetros, calculándose el peso de toda ella en nueve millones quinientas setenta y seis libras. Necesitaronse dos años trabajando seiscientos obreros para sacar aquella piedra de la roca viva en que estaba, y se tardaron diez meses en redondearla; pero bastaron quince dias para trasladarla al mar, que distaba cien leguas. Dejamos á la consideracion de nuestros lectores las dificultades de embarque y desembarque, aunque debemos decir que todas fueron felizmente vencidas.

No fué ménos difícil levantarla luego sobre la base, en cuya operacion se empleó muchísima gente, prefiriéndose á los soldados que habian servido á las órdenes del emperador Alejandro. El silencio de la inmensa concurrencia era tan profundo, que hubiera podido oirse el ruido que una mosca hace volando. Todas las miradas se dirigian á un punto, pero todas las caras expresaban diversas emociones: aquí el temor, allá la esperanza, mas léjos el asombro. Sin embargo, nada turbó la regularidad de la operacion, y al cabo de hora y media el pabellon imperial izado en la parte mas alta de los andamios hizo saber á toda la poblacion que la columna estaba en pié sobre el pedestal. Los aplausos y las aclamaciones resonaron por todas partes. En medio de esta animada escena, el emperador, que habia manifestado su satisfaccion á las personas que le rodeaban, se acercó al arquitecto, y le dijo: « M. Montferrand, os habeis immortalizado.» La inauguracion de la columna Alejandrina tuvo lugar dos años despues con una pompa extraordinaria.

#### IGLESIA DE SAN ISAAC.

Esta es la iglesia mas hermosa de San Petersburgo, y tambien una de las mas hermosas de Europa; sin embargo es inferior á San Pedro de Roma, á San Pablo de Londres y al Panteon de Paris. Tiene una ventaja sobre el Panteon y sobre San Pablo, cual es la de su posicion. Léjos de hallarse rodeada de construcciones que impidan gozar de su vista, está en medio de una gran plaza, donde han maniobrado fácilmente 100,000 hombres, y donde se ven muchos otros edificios de los mas notables de la ciudad, tales como el Senado, el ministerio de la Guerra, los palacios del gobierno, el imperial de Invierno y el del Almirantazgo.

La iglesia de San Isaac es toda de granito, mármol, bronce y hierro. Tiene la forma de una cruz griega, los pilares monolíticos de los cuatro pórticos son de granito de Finlandia, largos de 56 piés. Treinta columnas monolíticas tambien sostienen el cimborio, que es de hierro dorado, rodeado de estatuas colosales, de ángeles de bronce, y sobre el cual descansa una cruz dorada.

La historia de la expresada iglesia es singular. Pedro el Grande fué el que mandó construirla, pero apenas se habia terminado, fué devorada por un incendio. Edificóse de nuevo, y fué tambien esta vez presa de las llamas en 1733; pero en el mismo sitio de la primitiva se levantó mas tarde la magnífica catedral, que es uno de los monumentos mas hermosos de todo el imperio.

#### APÓLOGO.

En un valle amenísimo corria  
Una fuente ligera  
Que entre blancos guijarros rebullia,

Dando fresca y ruido á la pradera.  
De flores mil y mil y de verdura  
Se veia cercada,  
Y no léjos sus aguas presurosas  
Caian sonorosas  
En ligera y bellísima cascada.

El borde de este limpido arroyuelo  
Que fecundaba con su linfa el suelo,  
Alzaba sus blanquísimos tapias,  
Y sus frescos umbrales,  
Una casa modesta  
Como un nido dispuesta  
Entre el verde follaje  
Que la daba florido cortinaje.  
Y tan velada estaba  
Por la fresca espesura,  
Que nunca el sol en ella penetraba;  
Reinando siempre en torno  
De la modesta quinta,  
A que prestaba mágico contorno,  
De luz crepuscular la suave tinta,  
Y el fresquísimos ambiente  
Que los primeros rayos de la aurora  
Lanzan desde las puertas del Oriente,  
A alegrar los alcázares de Flora.  
Y en aquella morada  
Al goce solamente preparada,  
Vivia, á toda pena  
El alma incauta agena,  
Un sencillo labriego,  
De aquel pequeño valle propietario,  
Que en gran calma y sosiego  
Via correr los años de su vida  
En una grata paz no interrumpida.  
Y dábale la fuente  
El agua suficiente  
Con que regar un huerto,  
Donde crecia altiva  
La alta y gallarda oliva,  
Y la gentil palmera,  
Y el sabroso manzano,  
Y todo esto entre flores  
Que el aire embalsamaban  
Con suaves y purísimos olores.  
Y aun el raudal, ligero y cristalino,  
Llevaba agua bastante  
Para mover la rueda de un molino,  
Do del país vecino,  
Alegres y festivas,  
Venian las altivas  
Y ruidosas doncellas,  
Con ojos que centellas  
Al rededor lanzaban,  
Y con labios de púrpura preciosos,  
Que cantos sonorosos,  
Suaves al viento daban.  
Y por tan gratos cebos  
Atraidos llegaban  
En grupos los mancebos,  
Y del trigo tomaban  
Pretexto para dar entre querellas:  
A las muchachas bellas  
Mil palabras de amores  
Que llevaban los vientos voladores.  
Y aquello le traia  
Al labrador gran cuenta,  
Porque en un largo término no habia  
Ni mas casa ni venta  
Que la que junto al manantial tenia;  
Y en ella les vendia  
De la sabrosa vid el grato fruto  
Y de Pomona y Cérés  
El que con mano pródiga nos brindara  
Generoso tributo.  
Y así á la vez ganaba  
Cual dueño del molino,  
Y por los gratos frutos que sacaba  
Del abundante suelo  
Que pródigo regaba el arroyuelo.

Si un hombre feliz puede  
Llamarse en este mundo,  
Y á un lado en esto quede  
La vanidad que el fausto nos convida  
Y que no es mas que viento  
Y quimera del loco pensamiento,  
El labrador que vemos  
En tan hermoso valle,  
De flores y de fiestas  
En todo tiempo y estacion cercado,  
Mas que nadie merece  
Ese epiteto que en la humana vida  
No tiene nunca su expresion cumplida.  
Pues he aquí que la ambicion taimada

Que no solo se anida  
 Bajo el regio dosel y la encumbrada  
 Riquísima techumbre,  
 Sino que al par traidora,  
 De nuestro bienestar siempre enemiga,  
 Bajo el pellico y el sayal se abriga,  
 Y turba con sus sañas  
 La paz de las mas miserables cabañas,  
 Y enciende luego en ellas  
 De odio y rencor vivísimas centellas;  
 Fué á turbar con sus sueños  
 La paz del corazón de aquel sencillito  
 Labrador que vivía  
 Mas ufano que en ínclito castillo  
 El señor de calderas y pendones  
 Y de egregios blasones,  
 Tan solo en el recinto  
 De aquel huerto y cabaña  
 Que débilmente con mi pluma pinto.  
 Fué el caso que llegado  
 Ya el labrador á ser hombre de cuenta,  
 Y por tal de las gentes respetado,  
 Y tenida su renta,  
 Imaginó muy corta  
 La que humilde le daba  
 El molino harinero  
 Y el huerto y la casilla  
 Que brindaba propicio,  
 Siempre por el dinero,  
 A todo pasajero,  
 Y á fuer de hombre sagaz y que entendía  
 La estática y sus leyes,  
 Yendo á su fin directo  
 De aumentar la fortuna que le abone,  
 Imaginó un proyecto  
 Que al punto en planta presuroso pone,  
 Y aquí graba lector en tu memoria  
 El punto culminante de esta historia.  
 El agua del arroyo cristalino  
 Que surtía á la huerta y al molino  
 De un río provenía  
 Que no léjos con ruido y con estrago  
 Entre rocas corria.  
 Ocurrióle al labriego  
 Que abriendo mayor brecha  
 Y mas profunda cauce  
 A la ligera fuente,  
 Mayor sería su veloz corriente;  
 Y podría con ella  
 Regar un vasto llano  
 Que hasta allí con las lluvias  
 Daba algun poco aunque mezquino grano.  
 Y una vez concebido  
 El proyecto atrevido,  
 Toma gente y peones,  
 Y con muy grande apuro  
 Y gastando larguísimos doblones,  
 Logró vencer el levantado muro  
 Que natura pusiera  
 Al río, é hizo que saltara fuera.  
 Mas ¡oh! nunca pensara  
 Proyecto tan aciago;  
 Porque apenas la roca  
 Saltó de la explosión al duro estrago,  
 Cuando le vino encima  
 Con tal violencia el agua desatada,  
 Que ofreciendo á su furia estrecha calle  
 De lado á lado el reducido valle,  
 Saltó por los collados  
 Y en breve punto los dejó anegados.  
 ¡Y adios prado y floresta!  
 ¡Y adios risueño valle peregrino!  
 Y rumores de fiesta,  
 ¡Y cascada y molino!  
 Y lo que mas se siente,  
 ¡Adios límpidas aguas de la fuente!  
 Todo abismado en suma  
 Se vió entre mares de agitada espuma:  
 Y aun fué no poca suerte  
 Que el buen labriego fraguador del caso  
 No encontrase la muerte  
 En aquel duro paso:  
 Quedó para llorar tanta amargura  
 Y para ser perene testimonio  
 De la ambición humana  
 Que hoy cifra su ventura  
 En lo que ruin despreciará mañana;  
 Y de codicia ciega,  
 Siempre á mayor propósito se entrega;  
 Y teniendo á la mano  
 El bien por senda y por camino llano,  
 Con furia á la razón incomprensible,  
 Aspira eternamente á lo imposible.

Arroyo cristalino,  
 Que surtías al huerto y al molino,  
 Si pasara tu límpida corriente  
 Cerca de mi ventana,  
 Refrescando purísima el ambiente  
 Que llega hasta mi lecho á la mañana.  
 Si de olorosas flores  
 Ciñeses á mi sien pura diadema,  
 Que aplacase los vívidos ardores  
 Con que el insomnio abrasador la quema.  
 Si de mi pobre puerta á los umbrales  
 Me levantarás pabellón florido,  
 Y me abrieras de mirtos y rosales  
 Senda que fuera á tu raudal querido.  
 Si hicieras en mi huerto  
 Crecer la vid al olmo entre la azada,  
 Y de fruto cubierto.  
 El manzano me dieras,  
 Y las altas palmeras,  
 Y el almendro entre flores  
 Y todo siempre respirando olores.  
 Si á la sombra tendido  
 De tu fresca enramada,  
 Llegara á mí traído  
 Por la ligera brisa perfumada,  
 El compasado ruido  
 Del molino harinero  
 Que trabajara ufano,  
 Mientras en ocio yo pasara alegre  
 Las soñolientas horas del verano.  
 Si todo esto me dieras  
 Arroyo bienhechor, yo te aseguro  
 Que no te despreciara,  
 Y que la sombra del dorado muro,  
 Y el fausto y la grandeza  
 Ni un punto codiciara.  
 Y al lado de tu límpida corriente  
 Pasaria los dias dulcemente,  
 Y allí filosofando  
 Sobre la humana vida y sus dolores,  
 Iria yo contando  
 Los dias y las horas por las flores  
 Que en mi huerto se fueron marchitando.  
 Y no fuera tan loco  
 Como el pobre labriego de esta historia,  
 Que teniéndote en poco  
 Corriera tras la torpe vanagloria.  
 Antes del necio mundo retirado  
 Viviera sin sus agrios sinsabores,  
 De tu puro raudal acariciado  
 Y de tus frescas brisas perfumado,  
 La sien ceñida de tus ricas flores.  
 Y el que de mí dudara,  
 Tomando este proyecto á desatino,  
 Que dando en rostro á mi fortuna avara,  
 Me regale una huerta y un molino.

RAMON DE SATORRES.

### Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro.

(Artículo cuarto.)

Cien mil hombres se necesitarían hoy quizis para defender las fortificaciones de Varna, tales como han sido reconstruidas por un ingeniero ruso, despues de la destrucción de esta ciudad en 1828. Su circunferencia es nada ménos que de 4,000 metros. Sabido es que las fuerzas rusas, mandadas por el Czar en persona, emplearon mas de dos meses en obligar á su rendición á esa desgraciada ciudad, que además fué entregada por un bajá traidor. El puerto se halla en la mas triste situación. El establecimiento de un muelle, calculado por un ingeniero ruso en 30,000 piastras, en la misma en que se compusieron las fortificaciones, apenas costaría 15,000. Sobre todo, sería importantísimo el poner el puerto en comunicacion con un lago situado á alguna distancia, por medio de un canal de transporte para las muchas aldeas que hay en el tránsito.

El sultan cuando visitó estos lugares, apenas se detuvo dos horas en Varna, sin haber querido recibir ni aun al bajá gobernador, lo que se atribuyó al descontento del soberano reformador, por el espíritu que reina en esta población, último baluarte de los genizaros.

En la actualidad se nota en las costas de la Bulgaria un movimiento universal bastante animado, que debería llamar la atención de la Francia, no ménos que la de la misma Puerta. Messemoria, Burgas, Varna y Baltchik, se han vuelto, desde hace cinco años, otros tantos centros de una exportación considerable de cereales, lana, algodón, maíz, sebos, etc.; pero Varna, favorecida por su posición geográfica, y por el amor á la agricultura que reina en sus habitantes, es el punto principal de esta actividad mercantil. Se asegura que los aldeanos que confían poco en las garantías de los

decretos protectores de la libertad agrícola, entierran cada año en su suelo unos treinta millones de piastras.

Como la estación se iba haciendo muy mala para continuar el viaje por mar, arreglé cuentas con nuestros barqueros griegos, y marchamos de nuevo para Varna el 6 de octubre, con caballos y un especie de carricoche árabe, dirigido por dos genizaros consumados. El camino sube hácia el Norte, por altas colinas, cuyas vertientes meridionales se hallan cubiertas de ricos viñedos, y sobre cuyo terraplen fuimos á pasar la noche al cabo de cinco horas de marcha, á un pueblecillo turco, en un valle solitario. En torno de la fuente encontramos bonitos grupos de muchachas vestidas muy á la ligera; nuestra vista excitó bastante su curiosidad para que ese sentimiento les privase de ese primer movimiento de sorpresa y de repulsión que hace ocultar al punto bajo sus velos á las mujeres orientales, de modo que pudimos examinar detenidamente muchos rostros alegres y morenos.

Achmet, el mayoral del carricoche debía precedernos en las paradas, como es costumbre, para mandar disponer la completa hospitalidad á que dan derecho los teskerés ó boletines de camino que llevábamos procedentes del gobierno. (No hay que añadir que yo pagué siempre estrictamente hasta los menores gastos, y en las casas grandes pagué doble, dando abundantes propinas.) Desgraciadamente sucede que los oficiales encargados de los teskerés abusan de su posición en beneficio propio, sobre todo, cuando tropiezan con los rayas, ó súbditos turcos no musulmanes.

Baltchik, la tercera escala principal de la costa occidental del mar Negro, á donde llegamos al dia siguiente, con un calor terrible, ostenta graciosamente sus doscientas cincuenta casas en los primeros escalones de las montañas blanquecinas, cuyos escarpados planos reverberaban los rayos del mediodía. El puerto se halla enteramente al abrigo de los vientos del Norte, y los del Este que son los únicos que pueden penetrar allí, no soplan jamás con violencia. Por eso se suelen contar en él hasta trescientos buques que acuden á buscar un refugio. ¡Qué desarrollo tan inmenso podría adquirir esa plaza de mercado y de exportación, si se mejorasen los caminos, ó se abriesen nuevos! Los que sirven en la actualidad apenas admiten una hilera de carretas, que en los dias de mercado se prolonga hasta unos mil metros. El artista puede admirar allí una galería de tipos, de trajes, de animales y de escenas, dignas de un pincel de talento. El traje búlgaro, grave por lo tosco del corte y por el color, es notable principalmente por su profusión de bordados y dibujos, siempre de un estilo tan original como correcto. El de las mujeres y los niños, brilla por la complicación, y á veces la riqueza de sus adornos de un gusto antiguo, lo que en arte será eternamente igual á la severidad y elegancia del gusto. Los búfalos, de una corpulencia extraordinaria, ofrecen una solemnidad de formas dignas de la escultura.

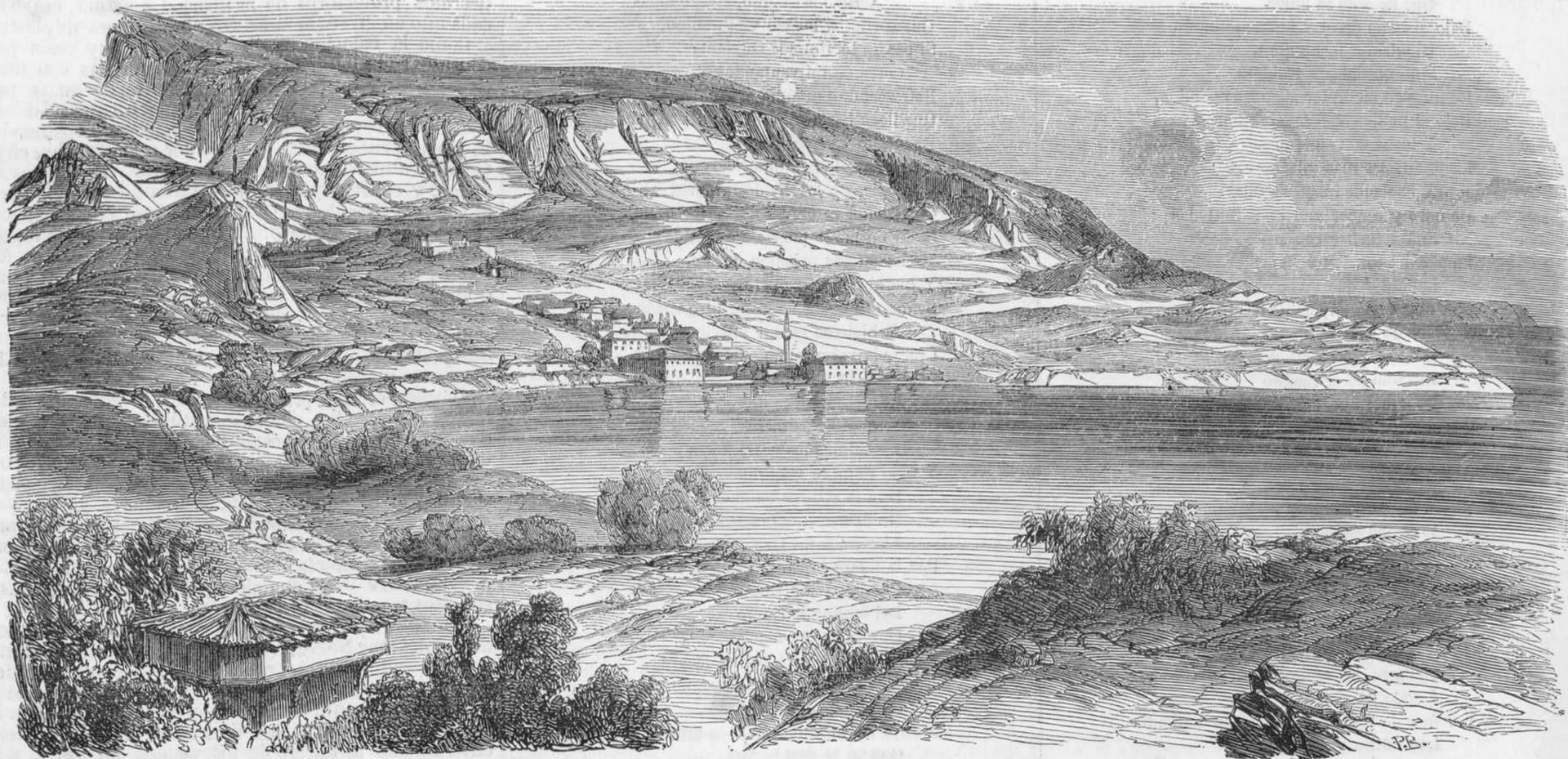
De Baltchik á Kavarna, se pasan durante seis horas vastas y estériles llanuras, que parecen ya las comarcas de la Besarabia por la ausencia de todo accidente, como no sea algun túmulo ó algunas zarzas. A veces tambien las piedras derechos y sin inscripciones de un cementerio abandonado, completan por una emoción moral, la impresión física que causa la vista del país.

Kavarna, situada sobre las vertientes y los terraplenes de un barranco que desemboca en la mar un cuarto de hora mas léjos, formaba en otro tiempo una población floreciente y magnífica, de mas de mil casas. Los rusos la destruyeron completamente en 1828. Los desastres causados por esa guerra propia de la edad media en todo el litoral, presentan un triste espectáculo; las desgraciadas poblaciones turcas crearán durante mucho tiempo en la vuelta de aquellos grandes buques de Moscovia que bajando furiosamente el Dnieper, vinieron antiguamente á desvastar las mismas regiones, y llegaron á plantar sus hachas hasta en las mismas puertas de Constantinopla. Pero en nuestros dias semejante manera de hacer la guerra parece increíble, pues ningun pueblo se ha quedado tan atrás en la carrera de civilización universal para atreverse á emplearla. Solo nuestra barbarie primitiva puede complacerse en destruir estúpidamente aldeas y chozas, incapaces de inspirar el menor temor, ni de sostener la menor lucha.

Las doscientas miserables casas que hay hoy en Kavarna, se hallan habitadas por una población búlgara y tosea. En torno de estas pobres viviendas no hay mas que ruinas; y sin embargo, un agua abundante y deliciosamente fresca, una vejetación que atestigua la prosperidad de otros tiempos. Un buen puertecillo para barcas, se halla desierto constantemente; en el interior de las tierras se ven de cuando en cuando grandes túmulos.

El Agha nos recibió afablemente á pesar de las sospechas de espionaje ruso que han sembrado tanta desconfianza, con respecto á los forasteros, en los habitantes de estos sitios. Comimos en su casa, con los dedos, (ese tenedor de nuestro padre Adán, como dicen los turcos) una porción de platos compuestos, generalmente de carne con legumbres, y entre los cuales unas alhondiguillas, envueltas de hojas de parra, y sazoadas con cuajada, merecen particular mención. Entre los postres nos sacaron unas sandías riquísimas.

El pastor de la casa (pues los bienes de todo jefe indígena consisten, como en los tiempos bárbaros, en tierras y en rebaños) llevaba al cinto una de esas pipas búlgaras inerustadas de clavos y de filetes de cobre, y cuyo tubo de palo de boj encorvado, estaba cubierto de dibu-



Baltchik.

os semejantes á los de los trajes, hechos por medio de una punta de hierro ardiendo. Las mas hermosas de estas pipas pertenecen siempre al mismo artista rústico que las trabajó en largas horas de soledad campestre. Las que se ven en los bazares de Varna y Silistria, son muy groseras, pues los dueños de ellas tienen la superstición de no ceder por ningun precio un objeto que habiéndoles servido personalmente, se volveria en manos de estos, segun esta superstición, el instrumento de un poder magnético sobre ellos, por larga que fuera la distancia á que el comprador pudiera hallarse.

Seguimos viendo las llanuras casi desiertas que anuncian la Rusia. Algunas aldeas que se descubren á lo lejos, completan la monotonía armoniosa de aquel territorio. Las casas de madera pintada desaparecieron, y en

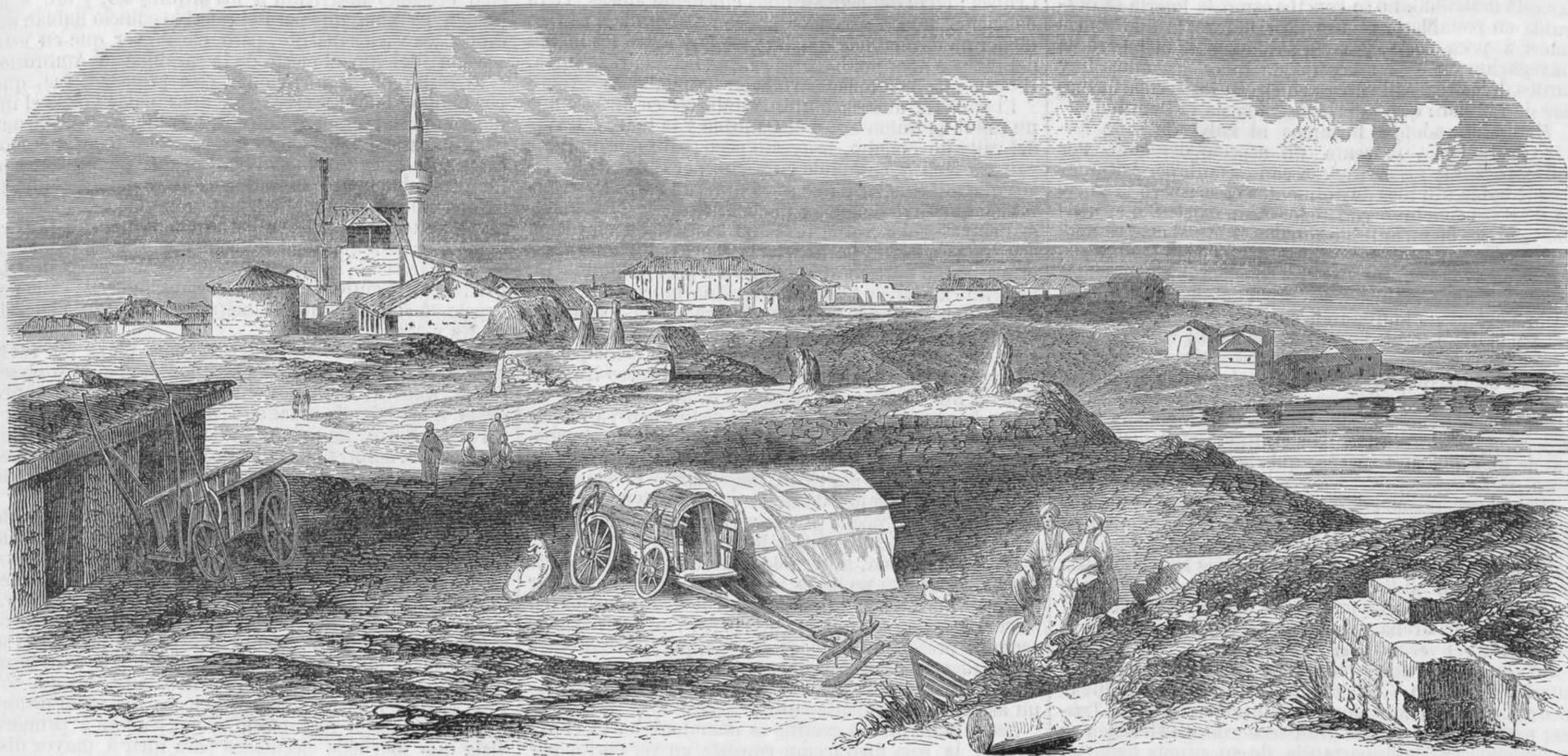
su lugar se ven las chozas de tierra y de gruesos zarzos adoptados por los turcos y los búlgaros. De tiempo en tiempo se suele encontrar algun plantío, ó algun huerto, pero señalando rectamente la distancia que separa todavía de la Rusia meridional al viajero. Ese fondo uniforme tiene sin embargo un mismo origen, pues los búlgaros provienen sin duda alguna de la raza eslava; hallé tambien el estiércol de vaca, que es la base principal de la lumbre en todas las cocinas de los aldeanos.

En una pequeña aldea que encontramos, tomamos caballos para ir á visitar la fortaleza genovesa de Kalugriah, que se eleva, en una posición formidable á la punta de un cabo, cuyas subidas calcáreas son accesibles únicamente á los infinitos buitres que la circundan volando, mientras otros pasan horas enteras sobre lo mas

alto de sus almenas; la inmovilidad de estos animales es tan grande, que solo el ruido de nuestros tiros al pié de los muros, pudo obligarles á abandonar sus puestos. La ciudadela propiamente dicha, construida en la punta del cabo, se halla separada de la costa, con la cual se une sin embargo por una línea de murallas defendida por dos torres. En frente de la puerta hay un segundo muro con aspilleras. Por dentro, entre una porción de restos informes de todas clases, se ve la cúpula de un baño turco, y muchos pozos practicados en la roca. Yo noté cuatro de estos, uno de ellos con obra de albañilería, bastante profundo para que una piedra tarde cinco segundos en tocar al fondo. A cada lado de la puerta hay dos bajos relieves, representando uno un guerrero á caballo y combatiendo, y otro, un hombre teniendo



Vestidos de los Búlgaros de las márgenes del Danubio.



Custendjeh.

por la brida á un animal, cuya especie apenas podría determinar un naturalista. El águila imperial del Bajo Imperio figura también en la fachada.

Esta pequeña excursión hubo de salirle cara á M. Laurens, cuyo caballo sumamente caprichoso, daba saltos y se encabritaba en un sendero, como suspendido sobre el abismo, por cuyo motivo le abandonó prudentemente á su voluntad, y el animal se volvió solo á la cuadra. Pasamos la noche divertida contemplando el cómico cuadro de dos griegos que absortos en su juego de ajedrez, en medio de un círculo de aficionados, no de-



Gefe tatar.

Moldo-bulgaro.

Aldeano tatar

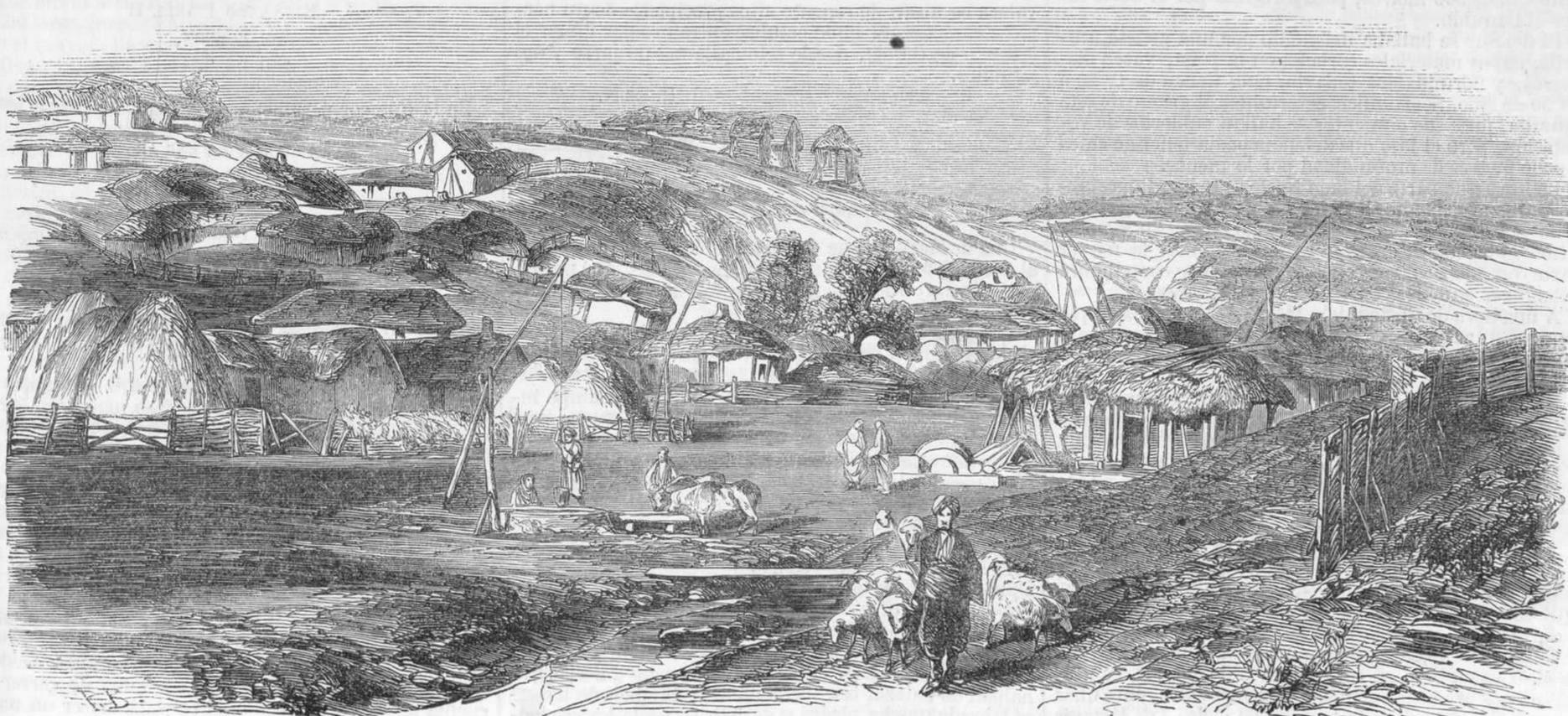
Turco.

Bulgaro.

TIPOS DE LOS HABITANTES DE LAS MARGENES TURCAS DEL DANUBIO

jaban de repetirse mutuamente y con los diferentes ternos correspondientes á cada peripecia del juego: *kalimera*, buenas noches; *kalissimera*, muy buenas noches, simples palabras que manifestaban las diversas pasiones que les agitaban en su juego.

En un sitio muy bajo de la costa donde la mar presenta hondonadas muy peligrosas, se eleva el hermoso faro abandonado de Gchebler, que es un verdadero monumento. Compónese primero de una base octógona que sostiene un obelisco de ocho caras. Su altura total es de 24 metros. En una piedra regular de la base que yace en el suelo, se



Aldea tatar.

lee la fecha 1182 de la égira. A pesar de que por dentro está destruido, no se concibe como la Puerta se descuida en restablecer el uso de este faro, lo que podría hacer á poca costa, y sería sumamente útil para la navegacion en esos sitios donde todos los años hay tantos desastres. Allí cerca principian las costas formadas de aluvion, que se prolongan hasta el Danubio.

Mangalia, adonde llegamos al cabo de siete horas de marcha, presenta un aspecto desolado. Por todas partes la vista tropieza con escombros. Antiguamente habia allí mas de quinientas casas, pero la guerra de 1820 concluyó con todo. Aun existen dispersos los vestigios de un antiguo muelle, sobre el cual se adelantan las aguas á una profundidad de cuatro brazas. Tambien se encuentran restos considerables de viejos muros que sobresalen por la cuesta donde está cimentada la poblacion, lo que indica que la mar ha invadido esa parte del litoral. La ribera se halla sembrada de trozos de columnas acanaladas, pedestales y otros materiales de tierras calcáreas ó de mármol. Además, se ven tambien los túmulos consabidos.

En casa del gobernador un bonito príncipe de unos diez años, vestido con la mas suntuosa elegancia, sirvió de modelo á M. Laurens, que le estampó en su álbum.

*Aquel hermoso niño, de ojos azules*, parecido á una flor que brota entre las ruinas, realizaba dignamente una de las mejores orientales de Víctor Hugo.

En las cercanías se ven varias lagunas saladas, separadas hace mucho tiempo de la mar, que parecen mas secas cada día. La mayor de ellas se halla dividida por una barra de arena, y toda su parte superior no conserva ya en el verano una gota de agua.

He aquí ahora uno de los puntos mas interesantes de nuestro itinerario, Custendjeh, la antigua Tomi, lugar de destierro de Ovidio, donde aseguran escribió sus *Tristes*; pero además de este gran recuerdo, Custendjeh se recomienda por la importancia de su propia historia, atestiguada por la innumerable cantidad de restos antiguos, tan ricos como variados, que hacen de esta localidad un verdadero museo á flor de tierra.

Sus cincuenta casas actuales, esparcidas en torno de uno ó dos molinos de viento, son tambien unas ruinas modernas. El cabo se eleva solo á unos 25 metros sobre el nivel del mar, adelantando su punta hácia el Este, con dos brazos hácia el Sur y el Norte. Los vapores austriacos quisieron en un principio hacer aquí su estacion principal del Danubio al mar Negro, y seguramente se podría sacar partido de su puerto.

Pero volvamos á la Tomi histórica, ya que tenemos delante documentos de mármol, granito, etc., que merecen tanto mas la atencion del viajero, cuanto que van desapareciendo de día en día sin que nadie los conozca. Todo prueba la importancia que los griegos, y sobre todo los romanos, daban á esta colonia, situada al paso de los bárbaros que salieron del Asia para invadir el Occidente. Por eso parece haber tenido un tiempo fortificaciones importantes. Cinco veces emprendieron los rusos la obra de acabar lo que el tiempo y las invasiones de los antiguos podian haber dejado en pie todavía.

Una de las cuestiones mas importantes comprendida en el estudio de Custendjeh, es la del valle de Trajano. Yo puse la mayor atencion en hallar las señales de las obras que hicieron los romanos para cerrar á las hordas asiáticas todo el istmo que separa al Danubio de la mar entre Tchernovoda y Custendjeh, cuestion importantísima puesto que debia decidir la invasion de la Europa.

Estos prodigiosos trabajos de defensa principian en la misma punta del cabo donde se halla Tomi. Por uno y otro borde de la península parten dos anchos fosos, distantes unos 300 metros, para dirigirse por el Oeste sobre el Danubio.

El del Sur se hallaba defendido por una gruesa muralla, cuyos materiales cortados en la peña, yacen dispersos, y formidables todavía, pues tienen de 1<sup>m</sup> 20 á 1<sup>m</sup> 30 de lado. Seria difícil determinar el grueso de esta muralla, pues sus cimientos se hallan cubiertos de vegetacion, pero el foso que defendia podia tener de cinco á ocho metros de profundidad por lo ménos.

La línea que parte del lado Norte es ménos importante, pues consiste simplemente en un doble foso, separado por una calzada de 27 piés de larga. En algunos sitios se encuentran fragmentos antiguos, la mayor parte con adornos que prueban que el arte contribuía á hermoear aquellas construcciones militares.

A una hora de Custendjeh, las dos líneas de fosos que tendian á acercarse, se separan, dejando una tercera que se suelta de la del mediodía para correr en la direccion Sudoeste.

De veinte en veinte minutos se notan las huellas de campamentos fortificados, y la imaginacion se remonta á los grandes acontecimientos que señalaron la caída del imperio romano. Aquí se detuvieron grandes ejércitos ensangrentando el suelo con terribles luchas, y todo fué inútil para contener la marcha de los bárbaros, impelida por la de los destinos humanos.

En Burlak, á mitad del camino del Danubio, donde principian los estanques y pantanos bajo los juncos, se reunen todas las líneas de defensa para no formar mas que una sola, y sobre las colinas suben las señales circulares de los campamentos fortificados.

Pasamos la noche, despues de cinco horas de marcha desde Custendjeh, en una pícara aldea donde las pulgas no nos permitieron ni siquiera sentarnos sobre unas esteras colocadas bajo la bóveda del cielo. Los tártaros que habitan esta bonita residencia son un resto de la

famosa horda de Budjiak que descendia de los khans de Crimea; en el día ocupan unas cincuenta aldeas, cuya poblacion puede ascender á dos mil familias. El tipo mogol ha degenerado mucho mas que entre los nogais del mar de Azof por haberse cruzado con la raza turca. Estas gentes por todas partes son hospitalarias.

El gobierno austriaco quiso establecer en otro tiempo un canal de union entre el Danubio y la mar, á través del valle de Trajano, proyecto poco realizable, aunque parezca fácil, y cumplido en parte, por causa de los lagos que allí existen y que se comunican entre sí. El terraplen que se extiende en Custendjeh hasta la extremidad superior del valle, presenta demasiada elevacion (8 á 10,000 metros) para cortarle, sobre todo cuando hay probabilidad para tocar en la roca á poca profundidad; pero un camino de hierro convendria mucho por todos estilos. De este modo la posesion rusa de las bocas del Danubio seria casi nula, porque Ibraila y Galatz enviarian en derecha á Custendjeh la parte principal de su exportacion, y la parte del territorio turco limitrofe de la Rusia carece de árboles y de agricultura.

Los bordes del Danubio que se distinguen ya en panorama desde las alturas por donde se baja á Tchernovoda, presentan un espectáculo de los mas admirables. Esta misma fisonomía rica y majestuosa, revela todas las grandes corrientes de agua de las regiones septentrionales. Por la noche se ven verdaderos efectos de luna boreal producidos por los incendios de los juncos.

En Tchernovoda, miserable aldea de quince ó veinte casas, ni siquiera pudimos hallar una barca para bajar á Galatz; de suerte que corrimos á precipitarnos en cierto modo, en las mismas aguas del río, que vistas de cerca no presentan el mejor aspecto, pues corren entre altos cañaverales. A la orilla opuesta se ven en medio de los sauces, las casucas de vigilancia moldo-valacas, de un aspecto enteramente ruso.

Hasta Matchina el camino es monotono hasta el extremo; la sola distraccion consiste en ver correr por aquellas inmensas llanuras algunas matas de yerba ó algunas zarzas, llevadas en remolino por el viento. Sin embargo se encuentran ganados y algunos plantíos de maiz. Nuestros caballos estaban cansados como nosotros. Envuelto en un gaban griego, con la cabeza apoyada en mi silla circasiana, yo me puse á considerar á beneficio de los rojos resplandores de una vela de sebo, el grupo de mis compañeros tendidos por tierra, y dos ó tres tártaros que vinieron á instalarse junto á nosotros á fumar sus pipas. Estas gentes viven de un modo tan patriarcal, que en todas partes se introducen, sin pensar que á veces pueden incomodar al pobre forastero.

Al día siguiente recibimos la hospitalidad en una casa moldava, deliciosamente situada en la cuesta de una colina que baja hasta el Danubio. A la izquierda, por el Este, se extiende la cadena peninsular de la Bulgaria, cortada en su cúspide de un modo pintoresco. La dueña de la casa nos hizo unas sopas y unas tortas con queso y ajo. Mientras comiamos entró un sacerdote furioso en la casa vecina, y un momento despues volvió á salir arrastrando por los cabellos á su mujer propia, porque momentos ántes la habia sorprendido hablando con un aldeano.

Las aldeas moldavas son bastante numerosas por este lado del río, aunque se ven tambien representadas muchas razas distintas.

Los alrededores de Matchina se van haciendo bastante agradables; la poblacion se ensancha. Sus calles están muy alegres por la construccion de muchos almacenes y por las canciones de los marinos griegos. En todo el río que se va ensanchando progresivamente bajando á Ibraila y á Galatz, tenía una grande animacion; por todas partes se ven buques, barcas y grandes balsas parecidas á las del Rhin. En la ribera moldo-valaca se alzan de repente altos precipicios de un hermoso carácter. El 17 de octubre entramos por fin en el lazareto de Galatz, donde solo hallamos un jarro y dos jergones.

H. de N.

### Plaza de Oriente.

Una de las cosas que mas agradablemente sorprenden al viajero, ó al habitante de las provincias, que por espacio de algunos años ha estado ausente de Madrid, es el aspecto encantador de esta plaza.

Formada en la época azarosa de José Napoleon, con el derribo de la parroquia de S. Juan, la Biblioteca, el jardín de la Priora, y mas de cincuenta casas, no ha sido por espacio de muchos años mas que un campo inmenso, irregular y sumamente molesto en su tránsito en el rigor de las estaciones.

Los esfuerzos de Fernando VII para remediar los daños causados por el invasor, fueron tan estériles en resultados, como fecundos en gastos: se pretendia reemplazar los destruidos edificios con una magnífica plaza circular y un gran teatro, enlazando de esta manera el palacio con la poblacion de la que estaba separado por aquel vasto desierto. Pero Madrid, que segun noticias ha sido siempre un pueblo muy desgraciado en la construccion de sus edificios, vió fracasar el proyecto, y vió tambien que se malgastaron muchos millones de reales en construir un teatro de *belleza rara*, y dos galerías que habian de enlazar con dicho edificio. Despues de haberse labrado mucha piedra y de haber sacado los cimientos de una y otra galería, pareció que sus proporciones

eran mezquinas, y se desistió de la comenzada obra, lo cual ocasionó descrédito á los arquitectos, y oro á la Nacion. Es fama, que para el referido edificio habian sacado estos varios diseños, pero parece ser que en esta ocasion hicieron el efecto de la carabina de Ambrosio.

El resultado de abandonar este proyecto, fué, que por algunos años se cerró con unas malas tablas el inmenso espacio comprendido entre Santiago, la Encarnacion, la calle del Espejo, y un puentecillo en la embocadura de la calle de las Fuentes, quedando de noche interceptado el paso. Posteriormente se habilitó el tránsito por medio de andanadas alumbradas de faroles, se niveló el terreno, se fabricó el teatro, se demolió la parte de la galería que se habia construido, y últimamente se edificaron varias manzanas de casas por cuenta de particulares, entre la iglesia de Santiago y la calle del Espejo, formando calles simétricas, pero en general, tristes y poco transitadas.

Tal era el estado de esta disforme plaza en 1841, cuando el director del Real Patrimonio, el dignísimo señor D. Agustin Argüelles, cuya memoria será siempre grata á los buenos españoles, acompañado de D. Martin de los Heros, no ménos digno intendente de palacio, acometió la empresa de embellecerla, sucediéndose desde entonces nuevas mejoras hasta ponerla en el estado en que hoy se encuentra.

Elevada como dos piés sobre el terreno, y rodeada de una elegante escalinata, compuesta de tres gradas de piedra caliza, interrumpidas por 20 zócalos de granito, en los que sientan 40 pedestales con asientos intermedios de piedra de Colmenar, ocupa el centro de la ya citada plaza una glorieta elíptica, cuyo eje mayor corre desde palacio al teatro. Sobre los cuarenta pedestales se elevan otras tantas estatuas, pertenecientes á la gran coleccion que estuvo colocada en la balaustrada que corona el Real Palacio: dichas estatuas aparecen disformes y producen mal efecto, conociéndose á primera vista que han sido ejecutadas para lucir á mayor distancia: representan á los reyes godos, Ataulfo, Teodorico, Eurico, Leovigildo, Suintila y Wamba; á los de Asturias, D. Pelayo, D. Alonso I el Católico, D. Alonso II el Casto, D. Ramiro I, D. Ordoño I, y D. Alonso III el Magno; á los de Leon, D. Ordoño II, D. Ramiro II, Don Alonso V, y D. Alonso IX: á los Condes de Castilla, Fernan-Gonzalez, primer Conde; D. Alonso VIII, y Doña Berenguela: á los Reyes de Castilla y de Leon, D. Fernando I, D. Alonso VI, Doña Urraca, D. Alonso X, el Emperador, D. Sancho IV, D. Alonso XI, D. Juan I, Doña Isabel la Católica, D. Fernando V, y D. Felipe II: al fundador del reino pirinámico, Inigo Arista: á los Reyes de Aragon, D. Ramiro I, D. Ramiro II, Sancho Ramirez, D. Alonso V el Batallador, Doña Petronila, Don Jaime I, y D. Sancho IV el Bravo, y á los Condes de Barcelona, Wilfredo el Belloso, y D. Ramon Berenguer.

La escalinata es de una circunferencia de 7,286 piés, y da subida á una calle de igual figura, de 64 piés de ancha, adornada con dos filas de acacias: en el centro se eleva sobre zócalos de cantería y piedra de Colmenar con asientos á uno y otro lado, la elegante verja de hierro bronceado que cierra la glorieta en una circunferencia de 886: dentro de esta berja, hay un lindo jardín de flores y árboles frutales, adornado con cuatro pequeños y graciosos surtidores.

En el medio de la expresada glorieta, se eleva un alto y fuerte zócalo de granito en el que sienta un elegante pedestal de planta rectangular, cuyo suelo está adornado por los lados con dos bajos relieves, en los que se representa á Felipe IV, condecorando á Velazquez con el hábito de Santiago, y al mismo rey, dispensando su proteccion á las ciencias y á las artes. En el frente del indicado neto, hay recuadros de mármol con inscripciones. La que mira á Palacio dice:

REINANDO ISABEL II  
DE BORBON,  
AÑO DE 1844.

En la que corresponde á la parte del teatro, se lee:

PARA GLORIA DE LAS ARTES  
Y ORNAMENTO DE LA CAPITAL,  
ERIGIÓ  
ISABEL II  
ESTE MONUMENTO.

En cada uno de los dos frentes hay una fuente, que consiste en la estatua de un anciano, el cual vierte el agua de la urna á unas conchas que la derraman en un gran pilon semicircular.

En los cuatro ángulos se ven cuatro pedestales con otros tantos leones de bronce de gran magnitud. Sobre el monumento descansa la magnífica estatua ecuestre del rey D. Felipe IV, trasladada al efecto desde el real sitio del Buen Retiro donde se hallaba.

A continuacion transcribimos integro cuanto sobre ella dice el erudito D. Antonio Ponz, por conceptuarlo digno de excitar el interés de los aficionados á las artes.

«Sábese que el señor Felipe IV escribió á la gran Duquesa de Toscana, Cristina de Lorena, pidiéndola encargase al célebre escultor de aquella capital, Pedro Tacca, la obra de esta estatua. Habiendo esta señora confiado al Gran Duque el encargo que tenía, llamó este al profesor, y se la ordenó con la circunstancia de dejar cualquier otro trabajo, y de que habia de correr por cuenta de S. A., que con ella pensaba hacer un regalo á S. M. Despues de algunos estudios que Tacca habia

hecho, se le manifestó que gustaría al Rey que no se hiciese el caballo en la conformidad que los otros de su género, esto es, en acto de paseo, sino de corveta ó de galope. En vista de lo cual, y deseoso de agradar al rey, escribió á esta corte, solicitando se le enviase un ejemplar, ejecutado por buen pintor, para gobernarse y acertar mejor en la obra. En efecto, dentro de pocas semanas se le envió un cuadro de mano de Diego de Velazquez con el rey á caballo, y á mas de esto, otro retrato de medio cuerpo que el mismo Velazquez hizo del rey.

» Vista la actitud que se habia de dar al caballo por los profesores y aficionados que habia en Florencia, tuvieron por imposible que la obra pudiera efectuarse, tratándose de mantener en el angosto espacio de dos piés una mole de mas de diez y ocho millares de libras, la cual habia de subsistir fuera del equilibrio, y por consiguiente posar en falso, como era preciso para representar el galope ó la corveta, y así se tuvo por quimérico el pretender hallar fuera de la figura del caballo, ó sobre el plano, ó debajo de él, un equilibrio para tan gran salida. Algunas noticias de aquel tiempo indican que el célebre Galileo Galilei consideró imposible la empresa; pero las mas ciertas son que el mismo Galilei sugirió al Tacca la manera de mantenerlo. La destreza del Tacca contribuyó tambien al sostenimiento de esta máquina, en el modo que tuvo de formar los gruesos, y pegar las partes de ella: hízola de dos trozos exceptuando las piernas y los brazos: el un trozo hasta la cincha, y otro desde la cincha á la cabeza: macizó las piernas, y así fué aumentando ó disminuyendo los gruesos conforme tuvo por conveniente para su intento. Pesa toda la obra de la estatua y el caballo, diez y ocho mil libras.

En cuanto á la actitud, se dirá lo que sintieron los inteligentes del arte de cabalgar, suponiendo ántes que el caballo se maneja en dos maneras, esto es, en los aires altos, y en tierra.

Una de las operaciones del manejo en el aire, es la corveta, formándola cuando se levanta, caminando siempre doblando los brazos hácia el pecho, y manteniéndose ó equilibrándose sobre las ancas, bajando la grupa hácia el suelo.

La posada es otra especie de operacion en el aire, y esta la hace el caballo al terminar cualquier manejo, hágase en tierra ó en el aire: es un género de corveta, con la diferencia de que en la posada se levanta mas en el aire que en la corveta, y despues se para y afirma con los cuatro piés; la alzada es nombre genérico de todos los movimientos que hace el caballo al alzarse con los brazos, y posarse sobre las piernas.

La actitud que dió Tacca al caballo, es como un medio ó compuesto de las dos referidas operaciones, no siendo corveta por no sostenerse lo bastante sobre las ancas, bajando la grupa y levantando la cabeza y espaldas.

Tampoco es posada por describir su figura una línea casi plana desde los ojos á lo alto de la grupa, debiendo ser inclinada: y últimamente, no es galope, pues para serlo debiera echar hácia atrás una de las ancas, y la otra adelante, y no estar iguales como están: por tanto se considera ser un cierto medio como se ha dicho en las tales actitudes, en lo que el profesor procedió con sabiduría, habiendo observado los que ejercitan la noble arte de la escultura, que cualquier otro movimiento hubiera sido ménos gracioso.

Acabada esta grande obra, y expuesta en la misma casa de Tacca, fué admiracion de los ciudadanos de Florencia: pero el artífice acabó sus dias inmediatamente, por graves disgustos que dicen le ocasionó un ministro del Gran Duque, nombrado para entender en los gastos necesarios, y en la recompensa de la obra. Esta se envió á Madrid para ofrecerla á S. M. en nombre del Gran Duque Fernando; y de dos hijos de Tacca, vino el mayor, llamado tambien Fernando, y ahijado del Gran Duque, el cual por haber estudiado la profesion del padre, y por su buen talento, se consideró capaz de hacer este oficio con el rey, de colocar la máquina en su sitio, y de componer los pedazos que lo necesitasen.

La referida obra se halla estimada en los inventarios del Retiro, en el precio de cuarenta mil doblones, aunque costó ménos sin comparacion.

En la cincha del caballo se lee esta firma: Petrus Tacca F. Florentiae anno salutis MDCXXXX.

Hay muy pocas entre las obras modernas de esta línea que se le igualen en el brio como está expresado el caballo, en la dignidad del ginete, en la hermosura y lo acabado de los labores que se ven, particularmente en los estribos, freno, silla y en la banda del rey.

Constante el Real Patrimonio en herosear por todos los medios imaginables esta plaza, hizo llenar los dos grandes espacios de terreno que quedaban á los lados de la glorieta, construyendo dos grandes jardines destinados al público recreo. En los solares contiguos al teatro y á la Encarnacion, se han construido elegantes casas, completando así el adorno de la plaza.

Este sitio tan árido en otro tiempo, es hoy uno de los mas amenos de la corte, y durante las tranquilas noches de verano concurren á él, deseosas de respirar un aire puro y fresco, numerosas familias que van á pasearse por entre las calles de árboles de sus jardines, ó al rededor de la elegante verja de hierro bronceado que cierra la glorieta.

JUAN DE LA ROSA.

## Revista de la moda.

SUMARIO. — Fisonomía de Paris en el tiempo de las vacaciones. — Calamidades producidas por el cometa. — Una herencia inesperada. — Una renta extraordinaria en Gisors. — Un pobre jardinero transformado á pesar suyo en domador de fieras. — Situacion de la moda. — Las levitas á lo Napoleon I. — Diferentes categorías del chaleco. — ¿Porqué no está en voga el género húsar? — Paralelo entre el género sencillo y el extravagante. — Los pantalones imposibles. — Dos palabras sobre modas de niños. — De los sombreros parisienses. — Descripción del figurin de traje de caza imperial.

La estacion en que nos hallamos es una de las mas raras del año. El desgraciado que tiene que permanecer á estas horas en Paris no encuentra ya un solo rostro conocido. Con las primeras brisas de la primavera emigra de la capital lo mas escogido de la ciudad parisiense; las mujeres bonitas, los carruajes de gran tono, los artistas, y con ellos todo el lujo y riqueza de la sociedad privilegiada, que parte para los baños ó para el extranjero. Sin embargo, queda aun bastante de poblacion indígena para animar un poco los paseos públicos y los teatros. Pero en el mes de setiembre, el mes de las vacaciones, se cierran las administraciones, los tribunales, las bibliotecas, los colegios, y toda esa gente sedentaria que vive en la pesada atmósfera de las oficinas, emigra tambien por el camino de hierro en busca de los placeres campestres.

A la hora en que escribo estas líneas, Paris se halla enteramente absorto en la contemplacion del cometa, á cuya aparicion se achacan todas las calamidades de que nuestro pobre Imperio se halla afligido.

Ahora se comprende porqué los diplomáticos no logran llevar á buen fin la interminable cuestion de Oriente tan de prisa como se desea.

«El cometa!... él es causa de la carestía de los granos, de la subida de los alquileres de las casas, de la enfermedad de la viña, de la nulidad de los periódicos, y de las malas comedias que se representan en los teatros.

El cometa es causa de todo, y á él deben culpar mis lectores si mi artículo de hoy no tiene la suerte de agradarles.

Entretanto Paris, aquella ciudad aristocrática de otros tiempos, se halla devorada por la sed de la especulacion. Jamás, en ninguna época de nuestra historia, se ha visto semejante delirio, ni tan espantosas catástrofes. La especulacion no se limita á la Lonja, ese golfo de ruina y de perturbacion, sino que se extiende á todo, y amenaza las vidas y las honras!...

Este amor desenfrenado á la especulacion ha hecho olvidar la California, cuando esta habia destronado aun la vieja pasion de los tios en Indias.

«Pobres tios de Indias! Ellos fueron quienes en los tiempos patriarcales, cuando no se corria á las minas de oro, ni tras del papel en la Lonja, tuvieron el monopolio de enviar esas fortunas súbitas é inesperadas, que eran tan buen desenlace para las situaciones críticas de nuestros abuelos!... sobre todo en el teatro.

Pero ¡ay! de todo se abusa en el mundo. M. Scribe y sus discípulos han echado mano tantas veces de esos pobres tios del Nuevo Mundo, que ni aun las cocineras creen en ellos ya; y sin embargo, el tipo existia y aun existe, y si no que lo diga el hecho extraordinario acaecido en Gisors, y que tuvo revuelto á todo un distrito.

M. Próspero V..., pacífico jardinero que cultivaba penosamente su arte modesto, en una de las aldeas próximas á Gisors, estuvo á punto de morir ahogado de alegría al saber que debia entrar en posesion de una herencia cuyo valor real, apreciado por los aficionados, se elevaba á 90,000 frs.

Pero ninguna alegría es duradera en este pícaro mundo. El brillante anuncio de la herencia no tardó en venir seguido de otro aviso, previniendo al dichoso jardinero que las autoridades de Nueva York le enviaban al Havre los objetos que componian la herencia.

Aquí principia pues la decepcion; pues la sucesion se componia de dos leones, una leona, dos panteras, un tigre, un chacal, un boa de la mejor especie, una hiena hambrienta, un codrilo, culpable ya de la muerte de tres hombres, y dos osos encadenados por el mismo delito. Estos animales desembarcados en el Havre, se encaminaban hácia Gisors; el tío de Indias explotaba con mucho fruto esta casa de fieras ambulante.

El lector puede adivinar cómo se quedarían el jardinero y su pobre esposa que, lejos de comerse en paz su herencia, temian á cada instante que la herencia se los comiera á ellos.

El alcalde del pueblo ordenó al jardinero que saliese de Gisors inmediatamente con sus animales, y en efecto, parece que el pobre jardinero se dirige hácia Bruselas á enseñar sus fieras, de donde vendrá á Paris á tomar lecciones del baron de Polet, el famoso magnetizador, para domar la buena compañía que le legó su tío.

Ahora hablemos de la moda y de la caza. En nuestro figurin se ven preciosos trajes de cazadores y cazadoras, de modo que nuestra mision debe limitarse á proclamar las novedades de otoño, para vestir y para paseo.

Se sigue llevando larga y ancha de faldones, género que se llama á lo Napoleon I. porque en efecto imita mucho el estilo de la famosa levita cenicienta con que se representa al Emperador. De todos modos, hay que convenir de que no es una prenda muy graciosa.

En cuanto á los fraques, la moda titubea aun entre el frac redondo, llamado por otro nombre *New Market*, ó el frac actual con faldones cuadrados.

La forma de los chalecos á chal cruzado toma una importancia grande á medida que adelantamos en la estacion de otoño. Esta forma gusta mucho generalmente. Los ojales y botones se ponen á mucha distancia unos de otros (6 centímetros á lo ménos). El chal muy sencillo, y por consiguiente muy abierto, se cierra para la noche. Lo que es positivo es la renovacion de los chalecos á grandes solapas, lo que suministra un cruzado cuadrado. Los botones se ponen de piedras de color ó de agata.

Se siguen llevando pantalones algo anchos con trabillas á vo-

luntad. El género semi-húsar no se adopta; lo que puede dar á un militar una cierta desenvoltura, quita necesariamente la gracia y distincion al traje de paisano.

Para pantalones, el género mas en voga es el terciopelo de lana, que este año no se limita como el pasado al fondo liso, sino que se ven en él toda clase de dibujos y labores.

Las nuevas telas se dividen en dos categorías muy distintas: el género sencillo y el género excéntrico. El género sencillo se compone del terciopelo de lana, el satin doble, y el punto con rayitas; el género excéntrico ostenta rarezas increíbles; así se ven en él pájaros, casas, árboles y animales de todas clases formando el dibujo principal, y destacando sus fuertes colores sobre el fondo de la tela.

Entre nosotros, ¿quién es el hombre elegante que quiere ponerse encima tales extravagancias?

Digamos dos palabras sobre trajes de niños.

Se vuelve á las blusas rusas, renacimiento y Francisco I para los niños de seis años; estos diferentes géneros de blusas se abren perpendicularmente sobre el delantero. En el dia no se llevan ya abiertas al sesgo, sobre el lado.

Los niños de seis á nueve años llevan tambien blusa, pero solo por la mañana. Despues gastan bonitas chaquetillas llamadas *inglesas*, que no son ni saco, ni ajustadas, y que se abotonan por delante á voluntad, con cuello ó sin él.

Las mangas pagodas, bajo una forma variada, siguen siempre á la moda, hasta para los trajes mas serios.

En cuanto á sombreros, pocos modelos nuevos hay en el dia. Los negros de seda para vestir conservan la misma altura de copa, y la misma forma. Hay poca variedad en los blancos, que son los que constituyen la fantasía; el color preferido es el ceniciento. Exceptuando la altura que varia segun el gusto de la persona, las alas deben ser siempre mas anchas que las de los sombreros negros, á lo ménos de un buen centímetro.

Pasémos á nuestro figurin de modas, que representa trajes de caza sumamente elegantes.

El niño que se ve en primer término, de diez años de edad, lleva una chaquetilla de merino cachemira castaño, con una hilera de cuatro botones, cortada derecha y con faldetas redondas. El cuello y las solapas con poca vuelta; mangas muy anchas sin bocamangas, ni abertura. Vista por detrás, el talle no tiene costura en medio; la chaquetilla cae á plomo sin ninguna carterá ni pliegue á los lados.

El chaleco es de cachemira color de perla, á pequeño chal, y bastante largo. Pantalón mezcilla color de pizarra, ancho de piernas y sin trabillas. Los dos trajes que siguen ofrecen el tipo oficial para hombres y mujeres exigido en las cacerías imperiales. Este traje se compone para los hombres de un frac á la francesa de paño verde Napoleon, cortado recto sobre el delantero con una sola hilera de botones dorados, con corona estampada. Los faldones son muy largos, anchos y cuadrados, muy recortados por delante.

Como particularidad en el carácter de este traje, se nota el cuello de terciopelo punzó; el frac va ribeteado con un galon de cuatro centímetros, oro y plata, no comprendido lo de abajo, y este mismo galon forma un bolsillo *borgoña* sobre cada faldon; las bocamangas son del mismo terciopelo que la tapa del cuello; tienen diez centímetros de altura, y son redondas por abajo.

El chaleco se hace de terciopelo punzó, muy largo, aunque sin faldetas; se abotona hasta arriba con cuello derecho, y lleva carteras caidas en los bolsillos. Todo él va ribeteado con un galon de oro y plata de 22 milímetros, semejante al del frac.

Calzon blanco de ante con botas de campana; este calzon lleva generalmente trampa ancha, sin trampa interior para impedir que abulle, y aquella se sostiene con botones de tirante.

Gorrita lisa de forma *Daumont*, de terciopelo negro de seda.

El traje de señora es de paño del mismo color que el de los caballeros, pero de *céfiro*; no es un corpiño de amazona, sino mas bien un graciosísimo cuerpecito bien ajustado, y prolongado con faldetas espaciosas, pegadas á una falda ancha; siete dobles ojales de galon adornan el delantero del pecho; cuellecito y bocamangas de terciopelo punzó; bolsillos á la *borgoña* sobre el delantero de las faldetas de galon de oro y plata, parecido al que se pone cosido llano al rededor del cuerpo. El galon de las bocamangas es como el de los hombres.

Chaleco de terciopelo punzó ribeteado tambien con un galon, género Luis XVI. Pantalón de hilo blanco, plegado y muy ancho por arriba, ajustado y redondo sobre la botita, sostenido con trabillas.

En nuestro figurin se ve otro traje, que es el que llevan los elegantes en el campo.

El frac es de paño bronceado, cortado redondo por delante, y cerrado con una sola hilera de cinco botones, de los cuales el cuarto es doble para reunir los dos delanteros. Talle largo; faldones ordinarios, forrados de seda; mangas anchas, con una buena bocamanga redonda por abajo y bien larga; pantalón de hilo de cuadros cenicientos, con trabillas de la misma tela.

Vizcondesa DE RENNEVILLE.

## Trebisonda,

En uno de los hermosos dias de julio salí de Constantinopla para ir con un amigo mio á Trebisonda. Artistas ambos, aunque de carácter diverso, habiamos soñado en este viaje, que debia ofrecer mucho interés. Una ciudad al extremo de la Turquía era natural que nos prometiese costumbres, trajes, habitaciones de distinto aspecto que lo que habiamos ya visto, tanto mas cuanto que nadie en Constantinopla habia sabido dar contestacion á esta sencilla pregunta: «¿sabeis si Trebisonda es una ciudad pintoresca?»

Apénas sale uno del Bósforo, percibe por el movimien-



Café sobre el agua en Sanson.

to del navío que se halla en aquel terrible mar Negro tan nombrado por su mal carácter. La noche fué agitada, pero la calma vino con el sol, y entramos sin dificultad en el puerto de *Sinope*, patria de Diógenes, y que desde el mar ofrece un aspecto encantador por sus fortificaciones de la edad media, sus árboles, sus montañas, algunas casas con balcones, una mezquita blanca como la nieve, todo lo cual se dibuja en el agua componiendo un cuadro digno del pincel de *Desçamps*.

Tres horas mas tarde entramos en el puerto de Sanson, pequeño pueblo de la Anatolia bien situado y fortificado como Sinope, y donde vimos al salir los cafés sobre el agua y los faisanes célebres que fueron conocidos allí primero que en ninguna otra parte. En fin, al tercer día, como á las ocho de la mañana percibimos la cadena azul de montañas al pié de la cual está situada la ciudad de *Trebisonda*. Esta ciudad se presenta á la vista de un modo muy pintoresco: ofrece un maravilloso conjunto de almenas, de rocas llenas de verdura, de casas pintadas de encarnado, de fortalezas, de minaretes y de mezquitas que suben desde el mar á la cumbre de las montañas, anunciando al artista que no ha hecho un viaje inútil.

Después de haber costado la población, dimos la vuelta hácia el punto en que se levanta el castillo de la cuarentena, para entrar en el puerto occidental donde

tomamos tierra después de las acostumbradas formalidades. Un rápido sendero nos condujo á una de las plazas principales: allí un habitante de origen genovés nos recibió en su casa, humilde cabaña construida en medio de un jardín.

*Trebisonda* ó *Trapezunt* está situada en el Asia Menor,

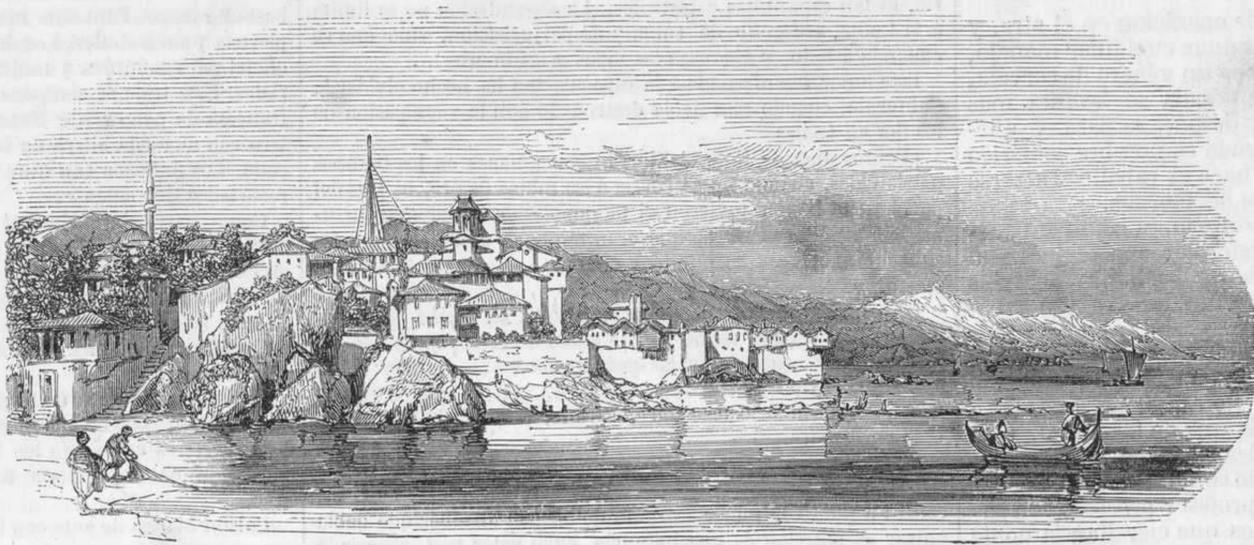
cos de vapor que parten dos veces por semana de la capital y hacen el viaje en 70 horas.

*Trebisonda* es una ciudad antigua, que según los historiadores griegos, fué fundada por una colonia de Sinope. Xenofonte en su historia de la *Retirada de los diez mil* habla de *Trapezus*, de donde viene *Trebisonda*, llamada así por su forma, que representa un trapecio. Tomada por los romanos á los reyes del Ponto un siglo antes de la era cristiana, fué elevada al rango de capital de provincia con el nombre de *Pontius-Capadocius*. Mantúvose bajo el poder de los emperadores de Constantinopla que enviaba allí gobernadores con el título de duques, hasta el año de 1203, época en que los franceses se apoderaron de Bizancio. Los dos hijos del virtuoso y desgraciado príncipe Comnena, Alejo y David, se retiraron entonces al Ponto y se hicieron un estado independiente.

Alejo, llamado el Grande, se apoderó de toda la costa del mar Negro desde Sinope hasta *Trebisonda* de la cual hizo su capital. David, el mas jóven, se creó un dominio en la Bitinia, pero murió pronto, y su hermano heredó sus estados.

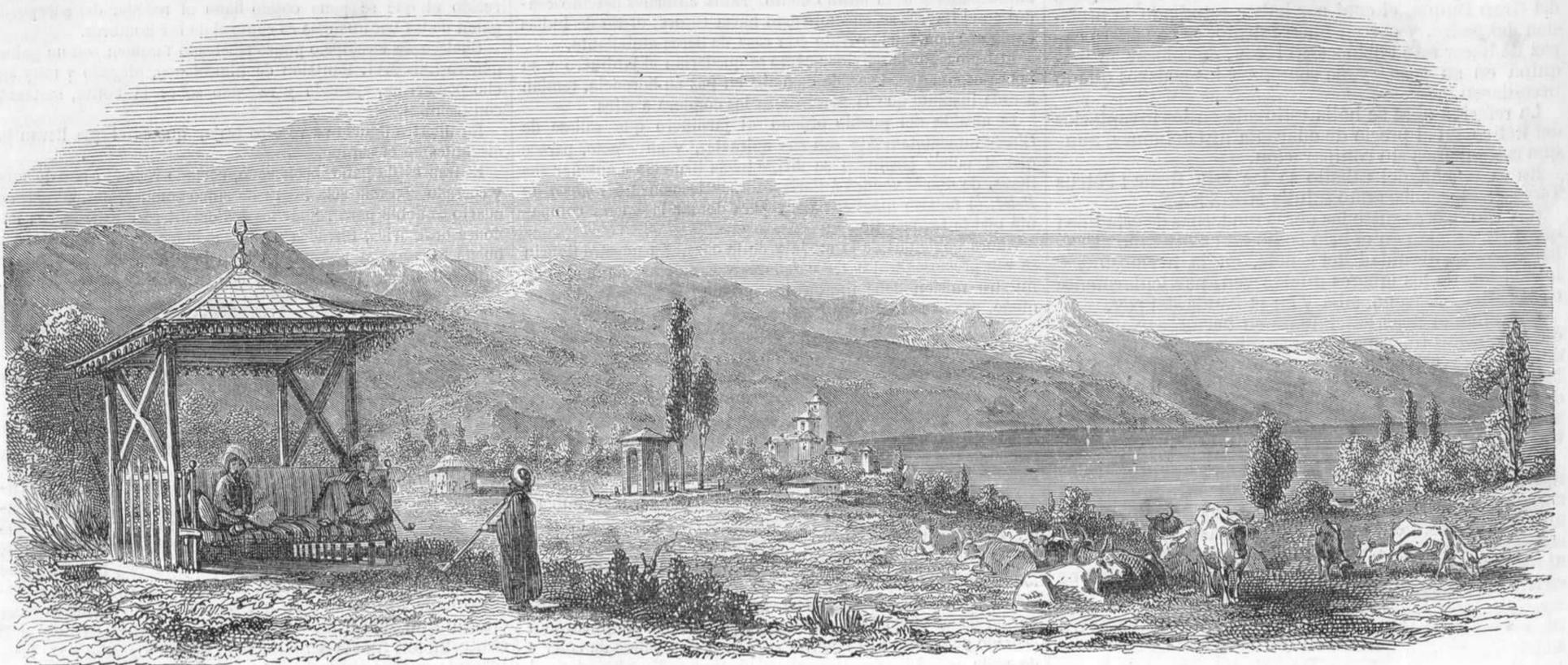
Tal fué el origen del imperio de *Trebisonda*, y cuando uno piensa en la celebridad de su nombre, se admira de no hallar en la historia la causa de esta celebridad.

La parte fónica ó musical de la palabra, su posición comercial entre la Europa y la Persia, los cuentos ro-



Trebisonda. — Vista tomada desde el lazareto.

país del Levante, casi en el fondo del mar Negro. Esta ciudad se levanta en anfiteatro sobre los montes llamados *Zuiggana* y *Karakapan*, que empiezan en la Georgia y acaban en Sanson. Distantes doscientas veinticinco leguas de Constantinopla, varias veces han tardado los navios un mes en atravesar esta distancia, que viene á ser como la que hay de Argel á Marsella. Hoy hay bar-



Trebisonda. — El gelfo y la llanura de Kabak Meidan.

mánticos de caballería y los comerciantes genoveses y venecianos que iban á buscar allí las telas, los ricos tapices, las armas y las pedrerías de la Persia para venderlo todo bajo el nombre de productos de Trebisonda; su riqueza y su lujo bajo los emperadores, que continuaron mucho tiempo bajo la dominación turca, son las causas sin duda del influjo que ejerce aquel nombre mas célebre en los cuentos del Oriente que en los anales de los pueblos.

Los dos fundadores del imperio de Trebisonda se contentaron con el título de duques. Juan Comnene, nieto de Alejo el Grande, fué el primero que se llamó emperador. Este pequeño país relegado al extremo del mar Negro, se sostenía por su comercio á pesar de la tormenta que agitaba al imperio griego. El lujo de Bisanancio se habia trasportado, y la corte de los Comnenes era célebre por sus fiestas y sus placeres. Palacios magníficos elevados como por encanto en los sitios mas amenos del golfo habian hecho de la ciudad una verdadera capital á donde concurrieron en tropel los habitantes de la Persia y del Asia.

Muchas veces, sin embargo, acontecimientos que la casualidad habia hecho nacer, turbaron esta prosperidad... pero olvidabamos que debemos hacer aquí mas bien la descripción que la historia de Trebisonda. La población de esta ciudad ha sufrido grandes alteraciones: en 1800 tenia todavía cien mil almas, en 1830 no pasaba de quince mil; hoy que por efecto de los vapores renace el comercio de Europa con la Persia, la población se ha aumentado hasta treinta y cinco ó cuarenta mil habitantes.

Compónese dicha población de turcos, griegos, judíos, armenios, circasianos, persas é italianos. En otro tiempo las tiendas estaban llenas de preciosos tapices, de cachemiras y sederías de las fábricas de Persia, Scio y Venecia. Pero hoy al contrario, son los productos de Londres, de Paris, de Hamburgo y de Leipsick los que pasan por allí para toda el Asia.

Los gobernadores y bajás de Trebisonda son reyes absolutos. Cuando quieren dinero levantan un empréstito tiránicamente, y decretan los precios de las mercancías á su capricho, de modo que por efecto de este fatal sistema económico, la miseria es casi general.

Nuestro primer cuidado cuando llegamos á la ciudad,

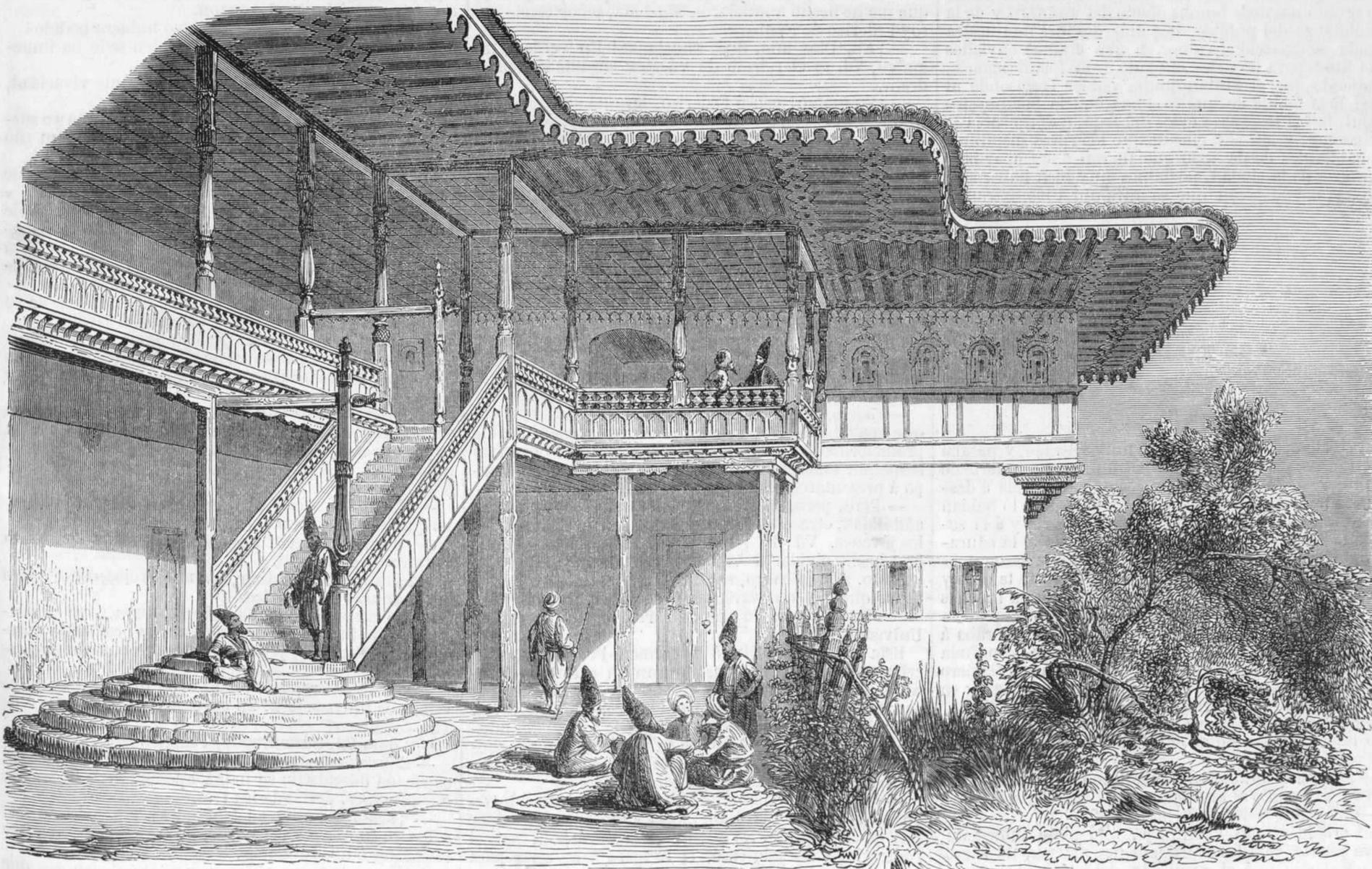
fué el de recorrerla, buscar los sitios mas pintorescos y mejor dispuestos para los pintores, y nos fué fácil reconocer pronto que habia cuanto podiamos desear para nuestro objeto. Tiene la ciudad una forma oblonga, los

negra que oculta enteramente sus facciones.

Saliendo por la puerta de Avia-Sopli, al extremo occidental de la ciudad, se entra en una vasta pradera limitada á la derecha por el mar, y á la izquierda por



Trebisonda. — Mezquita de Mimaret



Trebisonda. — Palacio de Ahmet-Bey.

las montañas. Algunas tumbas musulmanas y cipreses se levantan en aquel campo de reposo. Esta es la llanura de Kabak. En un lado y sobre una eminencia que domina al mar, se halla una iglesia de un carácter extraño; tiene pequeñas proporciones, es de piedra, tiene como los templos griegos la forma de una cruz, y se divide en una nave con dos alas. Recibe la luz por las ventanas de una cúpula que sostienen cuatro columnas de mármol, cúpula que en su exterior tiene la forma de una torre octógona cubierta por un tejado circular. La fachada principal que da al Sud, es una especie de pórtico cuyo arco tiene una cornisa adornada de preciosas esculturas. Véase en medio un mármol representando el águila romana, incrustaciones también de mármol, una línea de bajos relieves representando figuras humanas, y vegetales, y algunas inscripciones griegas, que por estar medio borradas no pude descifrar. En la fachada lateral el gusto árabe domina al griego. Dos cruces de pórfiro y cristal están incrustadas en la pared y dibujos sobre mármol rojo adornan el resto. Esta construcción data probablemente del tiempo de los Comenenes, época de decadencia en que el bizantino perdió ya su carácter greco-romano para adherirse al estilo árabe. En el interior no se encuentran mas que restos de pintura mural.

Al lado de esta iglesia abandonada, que los turcos llaman Aya-Sofia ó sea Santa Sofia, se eleva una torre cuadrada, especie de campanario sin carácter y sobre el cual se ven también restos de frescos. Según la carta de Arrio al emperador Adriano es probable que la iglesia de Santa Sofia fuese el templo de Mercurio, elegantemente construido, pero no en tales proporciones que solo admite una estatua de cinco pies. La posición aislada y elevada del templo era preferida por los griegos y los romanos por lo que convenia á los navegantes dados al comercio.

La cumbre de las alturas inmediatas está llena de ruinas considerables que atestiguan la pasada riqueza de este país. Conventos, fortalezas y palacios se habían apoderado de los mejores lugares.

Pueden hacerse también interesantes excursiones á los alrededores de Trebisonda. Aquí se ve un monasterio del tiempo de los emperadores que conserva restos de la pintura bizantina, mas allá una torre arruinada se eleva sobre la cima de una roca, y ha venido á ser célebre por la historia de un jóven turco, que desesperado de no poder dar á su mujer el brazalete que ella deseaba, se precipitó en el mar desde aquella altura.

En el camino de Persia debe visitarse el fresco valle de Jemlik que conduce á Gumuchalin y luego á Erzerum, capital de la Armenia, valle larguísimo situado á 2,000 metros sobre el nivel del mar. Este terreno regado por el Eufrates es frío, estéril y salvaje; no contándose mas que un solo arbol entre cuarenta pueblos que comprende. El viaje se hace en tres dias, pero es molesto, porque para hacerlo no hay mas que malos caminos, malos caballos y malas posadas.

Trebisonda enfin, es una ciudad poco visitada por los viajeros, y ménos explorada por los artistas, de modo que pronto nosotros fuimos objeto del asombro y de la desconfianza del público. Dos dias despues de nuestra llegada se esparció el rumor de que éramos enviados de la Rusia para levantar el plano de las fortificaciones, añadiendo que el Sultan queria vender Trebisonda al Czar. Esta fábula de que tuvimos noticia por nuestro cónsul, habia llegado á oídos del bajá, que no sabia lo que pensar; y sin el temor de que los rusos inspiran á los habitantes desde 1830 que fueron á acampar bajo los muros de la ciudad, podíamos muy bien haber sido víctimas del odio con que se mira allí á los extranjeros.

B. A.

## LOS TALISMANES.

### III.

El conde de Rosenheim vivia muy retirado, y pasaba por un hombre moroso y de mal humor. La muerte de su mujer, á quien él amaba locamente, unida á desgracias políticas que habia sufrido su familia, lo habian hecho renunciar casi enteramente á la corte y á la sociedad. Desde entonces se habia dedicado á la educación de su hija Constanza, que contaba á la sazón unos diez y ocho años. La reputación de belleza, talento y fortuna de la jóven condesa habian atraído ya muchos pretendientes; pero el conde de Rosenheim no parecia muy dispuesto á escoger pronto un yerno. Adoraba á su hija, y debia dudar en renunciar á ella. Sin duda hubiera deseado un yerno que se encerrara con él; pero con las altas pretensiones que le daban su rango y su fortuna, era muy difícil hacer aceptar esta condición.

Federico conocia ya estos detalles; así se concibe como latiría su corazón al entrar en el suntuoso palacio del conde.

— ¿A quién anunciaré, caballero? preguntó el lacayo que le salió al encuentro en la antecámara.

— Al baron Federico de Neuberg.

El criado saludó y entró en una pieza inmediata, cuya puerta dejó inadvertidamente abierta, de suerte que Federico oyó el resultado del mensaje distintamente.

— El baron Federico de Neuberg! respondió el conde bruscamente; yo no conozco á ese caballero.... ¿Quién es?

— Un jóven, señor conde, de buen porte.

— ¡Ah! ¿Y qué quiere?

— No sé, señor conde, desea ver á Vd..., si no le incomoda.

— ¡Con el diablo!... Hacedlo entrar... Pero arreglad antes esto...

Este preámbulo tranquilizó poco á Federico. Palideció, vaciló, pero ya era tarde para retroceder, y procuró mostrar serenidad. El lacayo salió, y con la puerta totalmente abierta, le indicó que entrara. Federico pasó al gabinete del conde.

M. Rosenheim estaba en pié en el fondo de la habitación y en la sombra. Era alto, delgado, un poco encorvado, la frente espaciosa. Sus facciones tenían una expresión de severa distinción que hirió á Federico, y su mirada fija y penetrante parecia que estaba leyendo en el fondo de su pensamiento. Las cejas del conde, ligeramente fruncidas, y su boca activa, demostraban que la visita le importunaba, y que procuraria abreviarla cuanto pudiera. Dió un paso hácia Federico, y se paró. El jóven saludó con respeto, y al levantar la cabeza, se encontró de nuevo con la mirada fría y escrutadora, que le hizo estremecer. Palideció y se encendió sucesivamente, y llevó sin pensar la mano á la medalla para asegurarse de que no la habia perdido. El conde le respondió con una ligera inclinación de cabeza, sin pronunciar una palabra. El embarazo de Federico se aumentó, pero era preciso hablar; evidentemente el conde aguardaba que él empezase la conversación.

— Perdóneme Vd., dijo el jóven con voz trémula, si vengo á molestar á Vd. con mi visita... Sentiria abusar de la bondad de Vd..., y no me perdonaria mi atrevimiento si supiera que lo aparto á Vd. de alguna ocupación interesante.

Al pronunciar esta frase, Federico levantó los ojos, y vió con agradable sorpresa que aquella frente severa se aclaraba un poco, y que sus miradas escrutadoras comenzaban á ser mas benévolas.

— Yo tendré mucho gusto en recibir á Vd., caballero, respondió el conde con frialdad, pero sin la aspereza que su recibimiento prometia, y no debe Vd. creer que su visita me importuna, cuando sepa yo el motivo....

Y se detuvo mostrando á Federico un sillón con un gesto afable. Federico se inclinó para darle las gracias, muy embarazado realmente para hallar una respuesta verosímil á tal pregunta.

— Cuando sepa el motivo, repitió el conde de Rosenheim maquinalmente, y como si hubiera seguido el curso de otro pensamiento, en tanto que sus ojos, fijos en el jóven, tomaban una expresión evidente de sorpresa.

— Pero, en verdad, repuso vivamente interrumpiéndose á sí mismo, estas facciones... ¿Si seria una semejanza sorprendente!... ¿Seria Vd. el jóven Federico de Neuberg?

— ¡Bueno! pensó el jóven, parece que ha olvidado que me he hecho anunciar.— Sin duda, señor conde, yo soy Federico de Neuberg.

— ¡Ah, Dios mio, qué semejanza! En verdad, mi amigo, Vd. es el retrato de vuestra encantadora madre....

— ¡Su amigo! pensó Federico, levantándose casi del sillón en que estaba sentado. ¡Oh talisman!

— Me alegro de veras en ver á Vd., continuó M. de Rosenheim tendiéndole la mano. Dígame Vd., ¿porqué no ha venido Vd. antes á visitarme?

Por mucha confianza que tuviera Federico en su talisman, no esperaba un cambio tan repentino. Su alegría, viéndose recibir de tal modo por el padre de Constanza fué tan viva, que no pudo prescindir de estrechar con respeto la mano que el conde le presentaba, y balbuceó algunas palabras, que su emoción no dejó comprender.

— Ciertamente, repuso M. de Rosenheim, que se apercibió de su turbación; yo me incomodaria con Vd., y me quejaria de vuestra negligencia para con vuestros amigos, si no viera ahora mismo que se arrepiente Vd. de ello con toda sinceridad.

— Ciertamente, señor conde, respondió Federico con voz que apagaba todavía el placer. Si yo hubiera podido prometerme tan favorable acogida... si hubiera podido sospechar tanta bondad, no hubiera tardado tanto tiempo á presentarlos mis respetos y adhesión... pero...

— Pero, pero, interrumpió el conde sonriendo con afabilidad, otra cosa lo ha retraído á Vd. Como todos los jóvenes, Vd. ha tenido otras distracciones que le han hecho olvidar á Vd. sus antiguos amigos: eso no es justo. Sin embargo, se acabó, esta es una queja antigua que no renovaremos. Veamos, ¿qué hace Vd. ahora? ¿Continúa Vd., no es cierto, sus estudios en la Universidad?

Esta pregunta restituyó la calma á Federico. Las reprimendas sobre lo pasado eran un asunto peligroso, al cual no sabia como responder, mientras que la conversación era fácil en otro terreno. Empeñóse con calor, fué larga, animada, y sea por la virtud del talisman, sea por la influencia de su imaginación, sus modales é instrucción, pareció que Federico habia agradado mucho al conde de Rosenheim.

— Escuchad, amigo mio, dijo levantándose é interrumpiendo una digresión moral y filosófica, hasta por hoy de este asunto. No quiero despedir á Vd., por el contrario; y en todo caso, si se fuera Vd., seria para volver pronto.

— Es Vd. muy indulgente conmigo, respondió Fede-

rico, y esté Vd. seguro que yo pondré de nuevo á prueba vuestra bondad.

— ¡Bien! pero entretanto voy á presentar á Vd. á mi hija, la señora de la casa.

Federico se estremeció al oír tal propuesta; pero M. de Rosenheim, que se habia vuelto ya para abrir la puerta, no pudo ver su turbación; y cuando le hizo señal de que entrase, el jóven habia llegado á dominar como pudo su emoción. Constanza, sentada junto al balcón, trabajaba en una obra ligera de bordado.

— Constanza, dijo el conde acercándose á ella, vengo á presentarte el hijo de uno de mis antiguos amigos, que se propone fijarse aquí, y visitarnos de vez en cuando... el señor baron Federico de Neuberg.

Al acabar esta frase, se volvió é indicó con la mano á Federico, que se habia quedado un poco atrás para responderse un poco. Constanza levantó los ojos sonriendo para saludar al baron de Neuberg, á quien ella no creia conocer tan bien; pero cuando se encontró con los de Federico, tembló, se ruborizó, palideció y retrocedió un paso. Federico, que se hallaba colocado entre el padre y la hija, ocultó este primer movimiento de sorpresa á M. de Rosenheim; y mientras se inclinó ante la jóven, esta tuvo tiempo de dominar su turbación. — Al mismo tiempo, la puerta de la sala se abrió bruscamente, y se presentó un lacayo.

— Señor conde, dijo, el carruaje del señor baron de Grossestein entra por la puerta principal.

— ¡Ah! dijo el conde con un movimiento de mal humor; bueno, salgo á recibirlo. — No me despido de Vd., amigo mio, dijo á Federico, porque vuelvo al instante.

Y salió dejando solos á los dos jóvenes...

Los dos estaban turbados, y permanecían en silencio. Sus miradas comenzaron á encontrarse, y cada vez que sucedia esto, Constanza bajaba los ojos ruborizada. Por fin, Federico rompió el silencio que pudo sin esto prolongarse mucho tiempo mas.

— No me hubiera lisonjeado ayer, señorita, dijo con voz conmovida, con la fortuna de ser hoy admitido á vuestra presencia... y Vd. me ve sorprendido y satisfecho del amable recibimiento que me ha hecho vuestro padre. ¿Puedo creer que seré tan feliz aquí, y que tendrá Vd. la bondad de acogerme con la misma benevolencia?

— No sé porqué lo dudaria Vd., caballero, respondió Constanza sin levantar la vista; basta que mi padre lo reciba á Vd. para que yo lo haga con placer.

— ¡Ah, ciertamente! replicó con viveza Federico, que el favor de su padre de Vd. es muy precioso para mí, pero en este instante me dirijo á Vd., y lo estimaria tanto mas...

— Pero, interrumpió Constanza con una sonrisa maliciosa y un ligero temblor en la voz, ¿me parece que le ha ocurrido á Vd. tarde esta idea!... ¿Cómo estando abierta para Vd. nuestra casa, ha tardado Vd. tanto tiempo á presentarse en ella?

Al acabar la frase, levantó rápidamente los ojos, y dirigió á Federico una mirada penetrante y furtiva, que le penetró hasta el corazón.

— ¡Porqué! ¡Ah, señorita, si yo hubiera podido!

— ¡Si Vd. hubiera podido!... ¿Quién se lo ha impedido desde hace un año... que...

Constanza se apercibió de su imprudente vivacidad, y se paró excesivamente ruborizada.

— Es verdad, dijo Federico, un año hace que yo suspiro por el feliz momento de que gozo hoy... de un año á esta parte...

La puerta de la sala se abrió de par en par, y se llamó.

— Entre Vd., se lo suplico, señor baron, decia M. de Rosenheim; yo agradezco mucho que se haya Vd. dignado honrarnos con su visita.

— ¡Dios mio! dijo precipitadamente Constanza palideciendo de repente; ¡todavía este hombre! ¡Lo detesto! Federico, se lo suplico á Vd., libreme Vd. de su visita... Déme Vd. el brazo, y bajemos al jardín.

Hablando de este modo, pasó su brazo por el del jóven, que se habia puesto en pié, y conmovido con esta inesperada familiaridad, lo estrechó ligeramente contra su pecho.

El baron de Grossestein se habia aproximado. Era un hombre bajo y regordete, de unos cincuenta años, cuyos ojuelos pardos denotaban vivacidad, y cuya mirada falsa y fria inspiraba una involuntaria antipatía.

— ¡Cómo! dijo con aire amable á Constanza, ¿soy yo quien la ahuyento á Vd., señorita?

— ¡A mí, caballero! respondió la señorita Constanza con mucho embarazo.

Y no sabiendo que decir, levantó los ojos, como quien busca auxilio en Federico.

— Yo no creo que esta señorita huya... yo la conduzco, dijo Federico sonriendo; me ha prometido enseñarme los jardines, y yo la ruego que cumpla su promesa.

— ¡De veras! repuso el baron con tono despreciativo y mirada provocadora. En ese caso, ¿debo quejarme de Vd., caballero?

— Como Vd. guste, replicó Federico con altivez.

— Constanza asustada, se acercó mas á Federico. El conde de Rosenheim se habia apercibido de la escena, que presenció detrás de los tres.

— ¡Federico! dijo adelantándose y sonriendo; no sabia yo tu afición á la horticultura. ¡Bueno! ven; yo te enseñaré mis tulipanes.

Cogió por la mano al jóven, y miró á Constanza, que se volvió á sentar cogiendo en silencio su bordado. Fe-

derico hizo un movimiento para ponerse entre ella y el baron; pero el conde lo atrajo hacia sí con cierta autoridad. Federico se inclinó en silencio, saludó con respeto á Constanza, y pasando por delante del baron, siguió á M. de Rosenheim hasta la antecámara. Allí le tendió el conde la mano.

— Hasta la vista, le dijo este; déjese Vd. ver mas, y venga Vd. mañana á comer con nosotros.

Federico, confuso, balbuceó algunas palabras de agradecimiento, apretó la mano al conde, y salió.

Cuando llegó á la calle, le pareció que todo giraba en torno suyo. Llevóse las manos á la frente, como para cerciorarse de que conservaba su razon, y no era juguete de alguna ilusion fantástica. ¿Era, con efecto, amigo del conde de Rosenheim, que lo tuteaba, le hablaba de su familia, y le convidaba á comer? Constanza lo llamaba Federico, y se colgaba de su brazo. ¡Ah, era para volverse loco de sorpresa y alegría! Echó á correr palpitando, y como embriagado, para disipar con el movimiento y el ruido el exceso de felicidad que lo ahogaba. Hasta por la noche no volvió al Leon de Oro.

Apénas habia traspasado el umbral lo detuvo un criado.

— Señor baron, le dijo; aquí tiene Vd. un paquete que acaban de traer para Vd.

— Gracias, respondió Federico.

Era una cajita con una carta. Esta contenia las siguientes palabras:

« Estoy satisfecho de tí; tú has cumplido mis indicaciones, y yo creo que he satisfecho tus deseos.

» Pero no basta gozar del presente, es preciso pensar en el porvenir.

» El porvenir, como tú mismo lo decias, se encierra en el valor y en el trabajo.

» El destino de inspector de los dominios del príncipe está vacante. Solicítalo. Entiéndete directamente con el ministro, el baron de Grossenstein... »

— ¡Voto á brios! exclamó Federico, ¡y nuestra disputa de hoy!

« Si pusiera dificultades, con el talisman que va en la cajita, lo traerás á la razon... »

Federico abrió la caja, y halló un anillo con los caracteres que habia tenido sellados en las manos.

« Si te desprendes de este anillo, ó si lo pierdes, tú mismo eres perdido. No hagas mas que enseñárselo á Grossenstein. Insiste, amenaza, di que no estás solo, que tienes otros recursos, y no salgas de su despacho sin el diploma en el bolsillo. Al dejar al ministro, corre á palacio, pregunta por el secretario particular, enséñale el diploma, y declárale que darás las gracias al príncipe el sábado; ruégale que te anuncie á Su Alteza.

» Todo esto debes hacerlo mañana sin falta; despues seria ya tarde. Cuando hayas recibido esto, recibirás noticias mias.

» Cuenta con tu amigo.

» Mens conscia recti.

» Quema esta carta. »

Federico quedó asombrado con la lectura de esta carta.

#### IV.

— ¿A quién anunciaré á S. E.? preguntó el secretario del ministro.

— Al baron Federico de Neuberg.

El secretario pasó á un gabinete inmediato, y volvió al momento.

— S. E. está muy ocupado, y no puede recibir ahora. Si el baron quiere confiarme el objeto de su visita, yo tendré el honor de informarle por escrito cuando podrá S. E. darle audiencia.

— Perdóne Vd., dijo Federico; yo vengo á hablar al señor ministro de negocios de mucha importancia... que no permiten dilacion alguna. No tengo mas que dos palabras que decirle. Tenga Vd. la bondad de manifestárselo así. Dígale Vd. que el asunto le concierne personalmente.

El secretario saludó, y un instante despues introdujo á Federico en el gabinete del ministro. Cuando M. de Grossenstein vió al jóven, lo reconoció perfectamente, é hizo un movimiento de despecho y de cólera. Con aire altanero se adelantó hácia él, y le dijo:

— ¿Qué se le ofrece á Vd., caballero?

— Tengo que hablar á Vd. en secreto, respondió Federico con sangre fria, y se sentó negligentemente en un sillón cerca de la mesa.

— ¡Bernell! dijo el baron con voz alterada; dentro de poco lo llamaré á Vd. ¡Y bien, caballero! dijo á Federico, apénas hubo salido el secretario del gabinete.

— Señor baron, he sabido que se hallaba vacante la plaza de inspector de los dominios del príncipe, y vengo á rogaros que propongais mi nombramiento á S. A.

El baron se sorprendió tanto de tal propuesta, que dió un brinco hácia atrás.

— ¡Caballero! dijo, ¿es una burla? y...

— No, señor baron, interrumpió Federico con la misma calma. Os pido este destino, y estoy seguro de que lo conseguiré en el momento en que os muestre mis títulos.

— ¡Vuestros títulos!... ¡á vuestra edad! y...

— ¡Aquí están! volvió á interrumpir de nuevo Federico, quitándose el guante, y presentándole la sortija.

Una horrorosa revolucion se obró en el semblante del ministro. Púsose lívido; sus ojuelos parecian dispuestos á salirse de las órbitas, viendo el anillo que

lo fascinaba como una cabeza de Medusa. Vaciló y cayó en su sillón. El mismo Federico se asombró del efecto que habia producido.

Pero en seguida se levantó Grossenstein con un movimiento terrible.

— ¡Caballero, dijo con voz sofocada, ese anillo!... ¿qué significa!...

— Tranquilícese Vd., señor baron, replicó Federico con una sangre fria irónica. Este anillo significa sencillamente que quiero la plaza vacante, y que Vd. va á concedérmela; nada mas.

— ¡Caballero!... en verdad... Vd. abusa de un modo singular... no esperaba yo...

Evidentemente el baron habia perdido la cabeza. Paróse un instante, y se llevó la mano á la frente. Despues fijó sus ojos penetrantes en Federico con aire tan amenazador, que el jóven tembló. Pero en seguida se repuso este, y le respondió con una mirada sardónica, entreteniéndose en dar vueltas al anillo al rededor de su dedo.

— Le agradeceré á Vd. mucho, señor ministro, que active este negocio, y que me dé cuanto antes el nombramiento. Esto espero de la bondad de Vd.

— ¡Caballero! replicó el ministro, intentando recobrar su sangre fria, no concibo que importancia dá Vd. á la posesion de ese anillo, y...

— Señor baron, presumo que me dará Vd. el destino que pido, y nada mas. Debo, sin embargo, advertir á Vd., para evitar toda discusion inútil, toda dilacion, error, paso falso, etc., etc., que este anillo no es mas que una muestra de lo que poseo... que no estoy aislado en el mundo... que tengo amigos poderosos... y no dudo, despues de esta sencilla explicacion, que Vd. querrá contarme entre los suyos...

Federico terminó la alocucion con una reverencia burlona, que desconcertó completamente al ministro.

— Caballero, respondió haciendo un esfuerzo, me complazco en creer que viviremos en buenas relaciones... Me parece que esto nos convendrá á los dos. En cuanto al destino, me parece que me será muy difícil conseguir que S. A. acepte un inspector tan jóven como Vd. Pero, de todos modos, esté Vd. seguro de que haré en ello cuanto pueda. Espero triunfar... y probároslo muy pronto. — Así, inmediatamente volveré á tener el gusto de ver á Vd.

Al pronunciar esta frase se levantó. Federico permaneció sentado.

— Perdóne Vd., señor ministro, pero yo estoy seguro que tendrá Vd. la bondad de entregarme ahora mismo el nombramiento.

— ¡Cómo, caballero!

— Si... es la última atencion que espero de Vd. Yo conozco un poco el proverbio popular: « Mas vale un toma que cien te daré, » y he tomado la resolucion de no salir de aquí sin el diploma.

— ¡Caballero!

— ¡Cierto, mi querido baron! repitió Federico cruzando las piernas; cuento con la bondad de Vd... con su indulgencia...

Difícil seria describir la exasperacion del ministro, y los diversos sentimientos de odio, cólera y rabia que aparecieron sucesivamente en su fisonomía.

— ¡En fin! murmuró con voz ahogada; veo que ha combinado Vd. muy bien su plan. ¡Bueno, bueno!... Vd. no ha reflexionado en las consecuencias, es cierto; pero en fin, ¡sea! Hoy se aprovecha Vd. de su posicion; á todos les llega su San Martin. Ahora acabemos; cuanto antes mejor.

— Soy de esa opinion, respondió Federico.

El ministro tocó la campanilla.

— ¡Bernell!

— ¿Señor baron? dijo el secretario apareciendo á la entrada.

Ponga Vd. el sello en el diploma para la plaza de inspector de los dominios que le di á Vd. anoche, y lleve Vd. el nombre con el del señor baron Federico de Neuberg... Dése Vd. priesa, y tráigalo Vd.

Bernell entró poco despues con el nombramiento. El baron lo firmó y lo puso en manos de Federico con rostro afable.

— Señor baron, dijo el jóven, doy á Vd. las gracias. Nada omitiré por servir bien á S. A., y le ruego á Vd. que le haga presente toda mi adhesion.

— ¡Muy bien, muy bien, señor baron! Celebro mucho verlo á Vd. animado de tan buenos sentimientos, y puede Vd. contar que son iguales á los mios respecto de Vd.

Federico saludó de nuevo, y fué conducido hasta la escalera por el secretario, que le hizo un sin número de reverencias.

Una vez fuera, Federico no olvidó las instrucciones recibidas, y se dirigió al palacio del príncipe, haciéndose anunciar al secretario particular con el nombre de baron Federico de Neuberg, inspector de los dominios.

El secretario se sorprendió un poco, pero recibió cortesmente á Federico. Este presentó su diploma, que el secretario recorrió, y le devolvió en seguida con mucha urbanidad.

— Me he apresurado á venir, dijo Federico, para presentar á Vd. mis respetos, y rogarle que crea en la adhesion y el celo con que me propongo llenar mis nuevos deberes. — Tengo vivos deseos de manifestar á S. A. toda mi profunda gratitud, y el esmero con que me consagraré á su servicio. — Cuento, con permision de Vd., asistir á la recepcion del próximo sábado, y ruego á Vd. me ponga en la lista de los que han de tener el honor de ser recibidos aquella noche.

— Esté Vd. seguro, señor baron, que no omitiré el hacerlo. Su Alteza tendrá conocimiento de ello... y puedo asegurar á Vd. de antemano, que quedará muy satisfecho de vuestra adhesion.

El secretario parecia por su parte satisfecho de los buenos modales de Federico, y cuando el jóven se despidió, lo acompañó con tanta finura, que causó impresion en el numeroso público de la antecámara.

— ¡Tome Vd. el nombre del señor baron de Neuberg, inspector de los dominios! dijo á un dependiente. — Despues, con un gesto amable: — Así pues, hasta el sábado, señor baron.

Federico saludó y salió.

En el entretanto, el baron de Grossenstein habia escrito de priesa la carta siguiente:

« ¡Amalia, el diablo ha resucitado, y anda suelto! ¡Estamos suspendidos á la boca del infierno!

» Tengo necesidad de hablaros. Advertid á Rodolfo.

» El baron DE G. »

Y envió esto á la margrave de Zeff, favorita del príncipe. Despues pidió el coche y se fué á palacio. Apénas llegó, salió á su encuentro el secretario.

— ¡Y bien, señor ministro, parece que ha nombrado Vd. inspector de dominios! Le doy á Vd. la enhorabuena. Muy jóven es... pero por lo demás parece muy buena persona.

— ¿Cree Vd.? dijo el baron con extraña sonrisa. Me parece un jóven hábil... muy hábil. Veo que entiende muy bien los negocios... ¡Oh, es muy diestro, y nos dará gusto!

El baron, sin embargo, estaba muy poco contento con el paso de Federico; porque cuando el secretario íntimo se alejó, dejó escapar un juramento, acompañado de un gesto de disgusto y enojo. Federico no dejaba de estar inquieto. Habitudo poco habia á servirse del poder mágico, que vencía las dificultades que se le presentaban, no se le ocultaba que entre todas las empresas que habia acometido, esta era la mas peligrosa, y temía sus consecuencias. La rabia del baron le habia aparecido bajo formas demasiado amenazadoras para no estar persuadido de que intentaria hacerle todo el mal que pudiera, hasta perderlo irrevocablemente, si estaba en su mano.

No sabiendo claramente como defenderse contra los tiros que aguardaba, resolvió aconsejarse del conde de Rosenheim. No habia olvidado que debia comer con él, y creyó que podia aprovecharse de esta circunstancia para ilustrarse con su opinion y consejos.

(Se continuará.)

La legislatura del Canadá ha ordenado la publicacion de un documento importante de estadística acerca de la situacion de las colonias inglesas de la América Septentrional. De él sacamos las noticias siguientes:

La poblacion de la Nueva-Escocia es de 276,417 habitantes; sus escuelas públicas son 1,096, que frecuentan 31,354 niños. Con respecto á los cultos, los católicos romanos y anabatistas representan la gran mayoría: los primeros figuran por 59,634, y los otros por 42,254. Hay 26,767 iglesias presbiterianas, 25,280 iglesias libres, 18,867 templos del rito escocés. El número de las casas deshabitadas en la provincia es de 2,028, lo cual no es un signo de prosperidad; y el de las habitadas el de 41,445. El valor total de la propiedad territorial se calcula en 28,000,000 de duros. Segun el último censo, habia 79,310 acres de tierras buenas, que producen unas 297,157 fanegas de trigo, 196,097 de cebada, 61,430 de arroz, 134,437 de avena, y 37,474 de maiz. Se cuentan 28,700 caballos, 156,875 de ganado mayor, 282,180 carneros, y 51,533 puercos. La provincia posee 486 buques, que suman 58,775 toneladas. El valor de las importaciones es de mas de 4,000,000 de duros.

Terranova tiene una venta entre 30 y 40,000 duros, y sus importaciones suben anualmente á cerca de 400,000 duros. Los buques destinados á la pesquería son 1,000, representando 127,447 toneladas.

La isla del Príncipe Eduardo tiene una renta de cerca de 65,000 duros; la mitad de la poblacion se compone de católicos romanos, y un tercio de la otra mitad de presbiterianos de una ú otra secta. En 1850 se han construido en la isla 86 buques, parte de ellos con destino á otros países, especialmente para la colonia de Terranova, que está acostumbrada á hacer compras de esta especie.

#### El hipopótamo del Jardín de Plantas.

Desde la llegada á Francia en 1825 de la primera girafa, muerta algunos años despues, ningun animal ha sido anunciado con mas ruido, ni recibido con mas satisfaccion que el hipopótamo, que ha llegado á Paris la semana última.

Este bello animal, dicen los diarios, es admirable en libertad, corto y rechoncho, extremadamente grueso, su cuerpo es de un color sonrosado, un poco mas pálido por el vientre; no tiene pelo, y en el lomo se ven muchas manchitas negras, ligeramente proeminentes,

á través de las cuales mana, sobre todo, cuando sale del agua, un licor viscoso y rojizo. Muy dulce, familiar, viene en seguida á la voz del que lo llama, y parece que responde al nombre que le fué dado á su llegada.

Ofrecido por S. A. Abbas-Pachá al Museo de historia natural de Paris, á petición de M. Sabatier, agente y cónsul general de Francia en Alejandría, ha sido traído por M. Delaporte, cónsul de Francia en el Cairo, que lo ha tenido ocho meses en su casa, en el Cairo.

Mehemet-Alí, abuelo y predecesor de Abbas Pachá, habia igualmente dado al Museo la primera girafa que ha venido á Europa desde la edad media, y el primer elefante que se ve aun en el Jardin de Plantas.

M. Delaporte ha traído al mismo tiempo carneros y cabras del Sennar, en el alto Egipto, y monos de Cordofan.

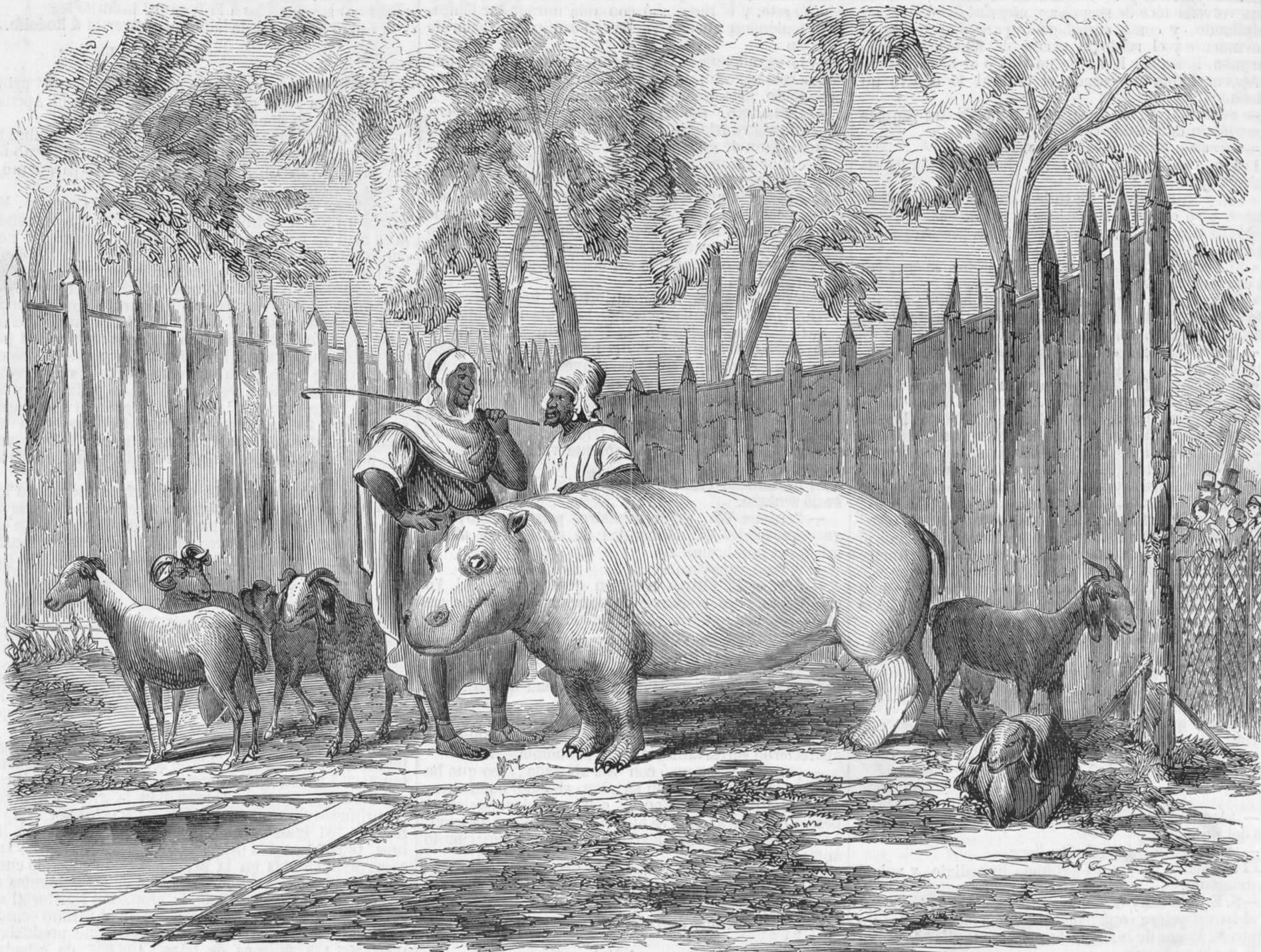
El hipopótamo, de que hablamos, es el primer animal de esta especie que haya sido traído vivo al continente europeo desde la caída del imperio romano, y aun en el circo ha sido visto raramente. Scarus presentó uno durante su edilidad; Augusto, otro en las fiestas instituidas en honor suyo por su triunfo sobre Cleopatra. En tiempo de Cómodo, Eliogábalo, y Gordiano III, se vieron tambien.

La administracion del Museo le ha preparado un alojamiento especial, con un estanque de dos metros de

profundidad, lleno de agua fácilmente renovada, donde puede sumergirse á su anchura. Miéntras se construye el segundo estanque en el parque que se le destina, los obreros trabajan para abrir una puerta lateral para que pueda pasar al baño de los elefantes y el rinoceronte.

Su entrada en Marsella ha llamado la atención pública.

El *Semaphore* entra en algunos detalles acerca de las costumbres de este cuadrúpedo de la Nubia; «solo tiene, dice, once meses de edad, y ya es tan grande como un novillo. Su enorme garganta no presenta todavía mas que las apariencias de una dentición rudimental.



El Hipopótamo del Jardin de Plantas.

Su alimento se compone exclusivamente de leche de cabra, consumiendo al dia de 18 á 20 litros. Tiene el ojo vivo é inteligente, lo cual, unido á su enérgica actividad, anuncia una excelente salud. Manifiesta mucha afición á su guarda. Este es un Nubio de origen, que ha cogido este animal á las orillas del Nilo blanco, y que lo ha criado con mucho trabajo.

En sus momentos de tranquilidad, el hipopótamo tiene necesidad de ver al Nubio, de olfatearlo, y de estar junto á él. Cuando el primero cambia de sitio, el segundo sigue el movimiento. Si el Nubio se aleja, el cuadrúpedo se inquieta y se agita, gruñe, se pone de-

recho sobre las patas, y busca en todas direcciones; si su impaciencia no se viera al punto satisfecha, rompería la caja en donde se halla, por fuerte que sea. El Nubio hace sus comidas sobre la claraboya que cubre la caja; allí mismo duerme, tendido en un colchon, y él mismo entra en la caja y pone en un taburete la vasija destinada á recibir la leche de la comida.

«El hipopótamo presencia estos preparativos con calma y con impasibilidad; y cuando el almuerzo ha sido servido, mete su hocico ancho y redondo, y sorbe la leche de un trago. Despues de la comida, se renueva el agua de la caja. El hipopótamo se recrea metiéndose

en agua fresca. Se sumerge y permanece bajo el agua durante un minuto largo, reaparece dando saltos en la superficie, con la boca abierta, vuelve á repetir la operacion, y por medio de esta agitacion tumultuosa concluye por inundar algunos espectadores de piés á cabeza.»

El Nubio, cuya compañía era tan necesaria al hipopótamo, ha partido para su país. ¿Quién consolará al animal? He aquí una plaza vacante para un miembro de la sociedad protectora de los animales.

J. P.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.

|   |                |   |                |
|---|----------------|---|----------------|
| Para la HABANA. . . . .   | \$ 12 fuertes. | Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO. . . . . | \$ 15 " "      |
| — el interior de la ISLA DE CUBA. . . . .   | \$ 13 " "      | — el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA. . . . .       | \$ 16 " "      |
| — PUERTO RICO (San Juan). . . . .   | \$ 12 50 macq. | — VERA CRUZ y TAMPICO. . . . .  | \$ 13 fuertes. |
| — el interior de la ISLA DE PUERTO RICO. . . . .  | \$ 18 50       | — MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CORDOVA, JALAPA. . . . .                                   | \$ 15 fuertes. |
| — las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME. . . . .                                  | \$ 12 fuertes. | — todo el interior de la República. . . . .   | \$ 18 fuertes. |
| — la PROVINCIA DE CUMANA. . . . .   | \$ 12 75 "     | Un número suelto. . . . .   | 3 1/2 rs. fs.  |
| — Un número suelto. . . . .   | 2 1/2 rs. fs.  |   |                |
| — la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes). . . . . | \$ 14 " "      |   |                |